

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 249

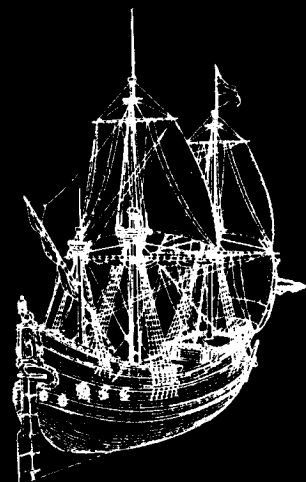


Otilio Castro

* * * * *

*“Nuestros pueblos, por desgracia,
padecen una tendencia ya secular
a confundir la autoridad con el poder,
el poder con el mando
y el mando con la opresión.”*

Salvador de Madariaga



* * * * *

Patrocinadores:

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

* * * * *

NORTE

TERCERA EPOCA

REVISTA HISPANO-AMERICANA

No. 249

SUMARIO

CARTAS DE LA COMUNIDAD	5
EDITORIAL	6
LA FAMILIA HISPANA EN LA FAMILIA UNIVERSAL. Salvador de Madariaga	8
LA MUERTE DE HIDALGO. Salvador Rasura	12
CASTELAR EL POLITICO. Angel Pulido	15
HERNAN CORTES. Lic. Alfonso Francisco Ramirez	18
LOS ARABES. Antonio Conde	19
SOBRE UN INTENTO DE PSICOANALISIS DE CERVANTES. Ana María Navales	23
"SALUTACION DEL OPTIMISTA". Rubén Darío	24
DEL DIARIO DE GABINETE DE JOSEPHUS DANIELS	25
LOS DEFENSORES DE LA BURGUESIA. Eduardo Avilés Ramírez	27
DE LOS DOCUMENTOS DE LA ELOCUENCIA. Francisco José Artiga	29
EROS Y TANATOS. Walter C. Alvarez	30
EVOCACION POR EDUARDO ZAMACOIS. César Tiempo	32
LOS BUSCADORES DE ORO. Lucy Etel García Vargas	37
ENTREVISTA CON EL PINTOR OSCAR H. CASTRO	40
ECA DE QUEIROS. Joaquim Montezuma de Carvalho	52
NAPOLÉ MARAVILLOSO. Vincenzo Granato	55
AL SUICIDIO. Fredo Arias de la Canal	58
LO QUE OPINA SOBRE "DON QUIJOTE" SIGMUND FREUD. José Cabezudo Astráin	62
"LA CANCION DEL AGUA". Pilar Plascencia	64
"TU ME CALMAS..." Luisa Cruces	64
"MI VOZ". Esperanza Navarro	65
"LA CANCION DE CANCIONES". Pura Vázquez	66
"LUNA". Aurora Venturini	67
"ESTAS DORMIDA". Liliana Echeverría Drummond	69
UNA EMPRESA RENACENTISTA DE ESPAÑA. Salvador Toscano	70
PORTADA: "Mictlán". Oscar H. Castro	

Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C. Lago Ginebra No. 47 C, México 17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de 2a. clase en la Administración de Correos No. 1 de México, D.F. el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín Meana.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial.

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal L.A.E.

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Miguel Malo Zozaya

COORDINACION

Daniel García Caballero

DISEÑO GRAFICO
Jorge Silva Izazaga

SECCION POETICA

Juan Cervera

COLABORADORES: Víctor Maicas, Emilio Marín Pérez, Albino Suárez, Braulio Sánchez Saez, Joaquim Montezuma de Carvalho, Agustin Contin, Berenice Garmendia, Juan López, Ernesto Lehfeld Miller y Cuauhtémoc Reséndiz N.

El contenido de cada artículo publicado en esta revista, es de la exclusiva responsabilidad de su firmante.

Impresa y encuadernada en los talleres de IMPRESOS REFORMA, S.A., Dr. Andrade 42 Tels.: 578-81-85 y 578-67-48, México 7, D.F.

Cartas de la comunidad

De Buenos Aires Argentina



Distinción, jerarquía literaria, presentación de admirable postura clásica, sintetizan los valores de la revista literaria que usted tan sabiamente dirige.

Muchos nombres amigos esparcen sus exquisiteces poético-literarias y muchos que no conozco pero que impactan con su talento. Es realmente sorprendente que tengamos la dicha de deleitarnos en los tiempos que corremos con algo semejante, por eso no he podido dejar pasar el tiempo sin hacerle llegar mi adhesión más grande a tan meritoria obra literaria, antes de felicitarlo por su minucioso estudio psicoanalítico sobre la vida y el tiempo de ese portentoso personaje que vivió e hizo vivir momentos de grandeza sin igual a la España conquistadora del Nuevo Mundo.

Su profundo estudio del alma de este hombre excepcional ha dejado huellas en mi espíritu y largamente pensé en su búsqueda ansiosa a través de ese laberinto llamado "psiquis del hombre".

Todo lo posible reflejarán sus palabras, desde la niñez con su enorme prevalencia en el futuro del ser humano hasta su amarga despedida del mundo conocido; sus altibajos anímicos, su despliegue de valerosa energía, sus rebeldías en momentos inconvenientes, su dolor ante la incompreensión de los poderosos y su posterior y definitiva desazón hasta sus días postreros...

Ironía de los dioses, con su torcida e incomprensible balanza de la justicia. Talento, sin poder; y éxito sin mérito; pero la posteridad fue, es y será incapaz de oír sus sufrimientos sin sentir dolor... y sin duda admiración por la deslumbrante obra realizada. Para el insigne Hernán Cortés y para usted, estudioso del alma humana, mi admiración y mi gratitud.

Dr. Edmundo A. Morrone

Inesperadamente recibo dos ejemplares de NORTE. Uno de la delegada mundial en Chile de "Madre Entidad", escritora Liliana Echeverría Drummond. Otro de la delegada mundial en Uruguay, educacionista María Ofelia Huertas Olivera y el asombro enriquece el alma poeta que, por Dios, siente y vibra ante la belleza culta de las páginas que forman NORTE.

Maravilla inesperada que encierra otras incontables maravillas, entre armónicas páginas, decoradas con esmero y gracia, con talento y luz.

Revista-comunicación, lazo humano vestido estéticamente que enriquece el espíritu, eleva el alma y sacude el corazón para seguir haciendo en este momento en que la siesta atrae para quienes la lucha no existe, la lucha que es base sólida para hacer haciendo, para mirar con fe y voluntad.

Leonel Brandimart
Director de la entidad artística
y cultural "Madre".

gnoti seauton

EDITORIAL

CONOCETE A TI MISMO

EL DIRECTOR

Esta inscripción lapidaria, que hasta hoy se puede leer en una de las columnas de las ruinas del templo de Delfos, es uno de los mandatos más terribles que nos legaron los antiguos, y a pesar de haber transcurrido 2,400 años desde que fue cincelada esta frase, el hombre apenas ha llegado a los umbrales del conocimiento de sí mismo en este siglo.

Me hace observar González de Cosío la máxima latina **nomen est omen** (el nombre es el augurio) y pregunto, respondiéndome Gutierre Tibón que Segismundo significa etimológicamente: **"el que protege con la victoria"**, y así le llamó a Freud su madre, mujer que siempre creyó que su hijo iba llegar a ser una persona extraordinaria... creamos pues en el amor e intuición maternas. Pero así como los genios necesitan de otros genios para que los interpreten, así Freud no se explica a sí mismo sino a través de los descubrimientos psicoanalíticos de Edmundo Bergler. Leamos esta estrofa de Francisco José Artiga:

**Por esta razón los sabios
las ciencias con llaves cierran
y sólo para los doctos
dejan la llave maestra.**

Y ha podido Bergler interpretar a Freud, por la sencilla razón de que las teorías de don Segismundo encajan perfectamente en el descubrimiento de la neurosis básica, o sea, el masoquismo psíquico, efectuado por don Edmundo, nombre que significa etimológicamente según me apunta Tibón: **"el protector de la riqueza"**.

Fue pues, Bergler, el protector de la riqueza de conocimientos adquiridos por Freud al descubrir el inconsciente dinámico, con cuyo suceso (victoria) sigue protegiendo este genio a una humanidad que puede dar razón de todo menos de su conducta.

A través de una paciente investigación con miles de casos clínicos, llegó Bergler a descifrar por el método inductivo la raíz de la conducta humana. Una vez encontrado el hilo, fácil fue dar con el ovillo, pero lo que verdaderamente preocupa es que tanto el hilo, ovillo como descubridor están todavía cubiertos por el espeso velo de la ignorancia humana.

Otro Salvador, pero este, de Madariaga, en su libro: **De la angustia a la libertad**, nos da una muestra del compulsivo afán del hombre por conocerse:

"El fin del hombre en la vida es conocerse (...). El conocimiento de sí mismo implica conocimiento del mundo y conocimiento de Dios. El pan del espíritu es pues precisamente el saber: y por lo tanto el hambre del espíritu queda y quedará siempre insatisfecha (...). Sin embargo, el hombre verdaderamente humano, a lo que consagra su vida es precisamente a procurar conocer estos tres incognoscibles; y sólo en cuanto se consagra a esta labor cesa de ser bestia o muñeco".

¿Pero qué mejor forma de acometer el conocimiento de uno mismo, que el estudio de la mecánica mental? Esas fuerzas inconscientes y poderosas de que se compone la mente humana, las adaptaciones inconscientes de los temores infantiles y sus efectos inmediatos en la conducta consciente e inconsciente del ser humano han sido confirmados por esos miles de casos clínicos, pero la aplicación de estos resultados no la conocen más que unos cuantos psiquiatras de la escuela freudberglerista, que los transmiten a sus pacientes a cambio de una alta retribución pecuniaria. Es evidente que estas teorías necesitan de una comunicación inmediata a las aristocracias intelectuales del mundo, porque hoy, más que nunca, conviene educar a los estadistas para evitar la destrucción de la humanidad.

Prosigue Madariaga a discernir entre intelecto y voluntad:

"La voluntad no se explica bien sin la inteligencia ni la inteligencia sin la voluntad. ¿Cómo dará el hombre un paso por el camino del conocimiento sin el auxilio de su voluntad? ¿Y no es evidente que toda acción, sobre todo si requiere esfuerzo especial, es también etapa hacia el conocimiento?"

Aquí habría que estudiar la importancia de la voluntad. Recordemos a Juana de Asbaje demostrarnos que en ella primero fue el impulso: la voluntad:

"A mi, no el saber (que aun no sé), solo el desear saber me le ha costado tan grande (...) ¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación, que todo lo haya vencido!" (Respuesta a Sor Filotea de la Cruz).

Es pues la voluntad, lo que lleva al conocimiento, pero este aspecto de la voluntad no es otra cosa que el deseo de conocer, de ver, de saber. Y este deseo de conocer es sólo una defensa contra el reproche de conciencia de que desea uno ignorar. ¿Pero cómo se forma el deseo inconsciente de ignorar? Haciendo uso de la teoría berglerista, se explica de la siguiente forma: El bebé nace con un sentido de omnipotencia, él todo cree poderlo, él todo lo cree saber, y al no poder saber por qué le ocurre algo desagradable, como puede ser el no saber por qué no le dan su comida a tiempo, se le crea el temor de no saber, y este temor, se erotiza, se libidiniza, se le convierte en el deseo inconsciente de no saber, y el deseo inconsciente de no saber es el deseo inconsciente de ignorar. Veamos cómo lo intuye Juana de Asbaje:

**¡Oh, si como hay de saber,
hubiera algún seminario
o escuela donde a ignorar
se enseñaran los trabajos!**

Pero hay bebés que tienen un mayor temor de ignorar que otros, dependiendo ésto del grado de aflicción

que hayan experimentado, pues no es lo mismo que no les hayan dado la comida a tiempo a que los hayan dejado sin comer tres días. En consecuencia, a mayor temor, mayor es el deseo inconsciente de ignorar. Así pues, el "esfuerzo especial" del que nos habla Madariaga sólo se da en aquellos individuos que han tenido mayores temores en su infancia que el común. Entonces, contra el gran deseo inconsciente de ignorar, sobreviene el desmedido deseo de conocer, que no se da con tal intensidad, mas que en unas cuantas personas. Este deseo de conocer, que es la voluntad de conocer, lo explica Madariaga así: **"Hagamos pues constar que el ejercicio de la voluntad suele dirigirse hacia la satisfacción del hambre original de conocimiento que es el rasgo esencial del espíritu humano"**.

Como última etapa de la mecánica mental tenemos una defensa en contra del segundo reproche de la conciencia: de que es uno curioso, que todo lo quiere uno ver: conocer. Esta defensa es: **"Yo no quiero ver, quiero que me vean"**. He aquí el exhibicionismo que puede ser: corporal, literario, musical, científico, etcétera. Pero cuando es un exhibicionismo aprobado por el yo-ideal, o sea, por las buenas costumbres, entonces se torna en sublimación que es el estado perfecto del hombre especial. Veamos qué nos dice don Salvador: **"El hombre siente la necesidad de crear, de inventar, de dedicarse a lo que pudiéramos llamar variaciones sobre el tema de la vida. Todo el arte sale de esa afición humana. También siente la ambición de elevarse por encima de sí mismo, de lograr lo sobrehumano"**.

Por último observamos cómo Madariaga intuye la fuerza reprochadora de la conciencia, simbolizándola en Dios: **"Y aun es cosa de preguntarse si no es más fuerte su acción sobre los rebeldes, cuyo orgullo excita, y sobre los ateos, cuya vanidad halaga, que sobre los creyentes y buscadores que lo aceptan. Problema accesorio de pura psicología"**.

La Familia Hispana en la Familia Universal

Salvador de Madariaga

El español es un europeo. No vengamos a perder el tiempo dando beligerancia a los tontilocos que todavía van por ahí repitiendo eso de "Africa empieza en los Pirineos" y otras lindezas producto de la envidia retrasada, el miedo retrospectivo, y la arrogancia o la ignorancia. Lo español es uno de los componentes más importantes de lo europeo. Para comprender lo español hay pues que intentar un esbozo de lo europeo.

Para mí, lo esencial de Europa, aquello que la distingue entre los demás continentes, es el predominio de las facultades individuales del espíritu, que son la inteligencia y la voluntad. Ya en otro lugar (**Bosquejo de Europa**) he expuesto más ampliamente este tema, que sólo puedo esbozar aquí. Hay facultades del espíritu que podríamos llamar superiores; la intuición por ejemplo; otras, que podríamos llamar inferiores, por ejemplo, el instinto. En estas facultades superiores e inferiores no se distingue el europeo de un modo especial. Son facultades colectivas, no individuadas. Pero donde el **europeo sobresale**, es precisamente en las facultades medias, que son las individuadas; la **inteligencia y la voluntad**.

Distinguen además al europeo otras dos características a este respecto. Una es la íntima relación entre la inteligencia y la voluntad, que hace en el europeo la voluntad inteligente y la inteligencia activa. El saber del europeo no es contemplativo y desinteresado, sino adquisitivo y emprendedor. Su voluntad no es mero impulso de acción ciega o poco enterada, sino movimiento activo muy consciente del terreno que aspira a invadir. La otra característica de la voluntad-inteligencia del europeo es el equilibrio entre ambas facultades. En el indio oriental adivinamos una ventaja de la inteligencia sobre la voluntad; en el norteamericano, una ventaja de la voluntad sobre la inteligencia. En el europeo, las dos facultades como que se equilibran en perfecta armonía.

Toda la vida europea cobra su ritmo de estos rasgos fundamentales de su carácter. Primero, el individualismo. Ya hemos visto que las facultades en que sobresale el europeo son precisamente las más individuadas. El individualismo será, pues, una modalidad típicamente euro-

pea, casi pudiera decirse un invento de Europa.

Este individualismo explica las dos corrientes dominantes del espíritu europeo; la socrática y la cristiana. Ambas constituyen seculares actitudes defensivas de las dos facultades europeas por excelencia: **el socratismo escuda la inteligencia; el cristianismo la voluntad**. El socratismo defiende la libertad de pensamiento de cada cual; el cristianismo garantiza la integridad de la persona humana. El primero tiene como ideal la verdad; el segundo, la caridad.

Este espíritu individualista del europeo engendra a su vez el sentido de la calidad. Todo lo que es vital es cualitativo. Lo cuantitativo es mineral. La individuación da de sí la calidad, que es una síntesis de diferencias de cantidad, pero con una gracia *sui generis*, que rehuye toda medición. Así pues todo lo que sea meramente cuantitativo es contrario al espíritu de Europa.

Pero ¿para qué la calidad? Y aquí topamos con otro de los rasgos europeos (aunque no exclusivo) que es indispensable para completar su retrato; el sentido del valor supremo de lo inútil. La economía, que tiende a invadirlo todo en nuestros días, nubla y obstruye a veces este rasgo no obstante esencial, de Europa. Hemos visto que la inteligencia europea no era desinteresada, como la de los asiáticos; y que su voluntad se aliaba a la inteligencia para apoderarse del mundo. Pero más allá de esta etapa utilitaria de su actividad, **el europeo aspira al goce del ocio** y de la vida en sí tal como es en el momento en que es; o dicho de otro modo, el europeo comprende instintivamente que toda cadena de actos útiles, en la que la utilidad de uno solo se explica por la del que le sigue, pierde sentido si no se corona con un momento de alta y bella inutilidad de donde cuelga toda la cadena de lo útil.

Finalmente, observemos en el europeo un ritmo ternario profundo debido al juego natural de la voluntad y de la inteligencia. Ante un objeto del mundo exterior, avanza primero la voluntad para apoderarse de él; acude luego la inteligencia para imponer orden; y la operación termina en una síntesis de ambas facultades. Este ritmo se observa en todas las actividades europeas. Bien claro se echa de ver por ejemplo en la ciencia, donde se

produce primero el análisis o colección de hechos; luego la hipótesis o su ordenación; finalmente la síntesis, para armonizar los hechos con la hipótesis más o menos retocada para satisfacerlos en su integridad.

Lo español es fiel ejemplo de lo europeo en todo lo que antecede, claro que con sus matices especiales, como cualquier otro europeo los presenta. Ya me doy cuenta de que los poco observadores admitirán más fácilmente la voluntad que la inteligencia del español. Error profundo, aunque explicable, como luego se verá. **El español es uno de los pueblos más inteligentes de Europa; y aun diré uno de los pueblos en cuyo seno se halla mejor repartida la inteligencia.** Esto es así hasta el punto de que de ello procede precisamente uno de los obstáculos más graves para la vida política de España: **la indisciplina social, consecuencia de una diferenciación insuficiente entre los dirigentes y los dirigidos.**

Entramos ya aquí en el terreno de los matices que distingue lo español dentro de lo europeo. Hay en toda voluntad humana dos componentes: una, que podríamos llamar "horizontal" actúa en las relaciones con otros hombres y con las instituciones, y entreteje las acciones colectivas; otra, que podríamos llamar "vertical", que aspira al zenit de la vida propia, universal y divina, y por su misma orientación tiende a rehuir lo colectivo y erigirse sobre lo permanente individual. El matiz de lo español en lo europeo consiste en que la relación entre estas dos componentes da una ventaja considerable a la vertical sobre la horizontal. Casi todas las singularidades de lo español pueden deducirse de esta observación inicial.

Así por ejemplo, el español es quizá el más inutítil de los europeos, el que instintivamente se da mejor cuenta de que **el fin de la vida es la vida misma.** Este es el fondo intuitivo que nutre la típica expresión española ante el buscavidas en perpetua actividad: **"Y todo eso para llegar a muerto."**

Por su alta verticalidad, es también el español tan religioso entre los europeos. No necesariamente de tal o cual religión, ni aun de religión alguna; sino religioso intrínseco. De las dos componentes a que antes aludí, en efecto, la vertical es la religiosa, la horizontal es la

moral; la primera une al hombre con Dios, y la segunda con los demás hombres. Quizá sea esta la causa de la afición de los españoles al catolicismo; que en la práctica y los hechos sino en la teología y los libros, es la más religiosa o vertical y la menos moral u horizontal de las formas cristianas.

La misma causa explica el sentido universal del español. Parece a primera vista que para llegar a lo universal fuera vía más natural y directa lo que antes llamé la componente horizontal. Por aquí se va a lo municipal, lo político, lo nacional y finalmente lo universal. Pero la lógica abstracta no coincide aquí con la lógica vital. En este camino que atraviesa círculos concéntricos se erizan barreras a cual más formidables: la nacional, la racial. Aquí del tiro por elevación que practican los artilleros. La componente vertical lleva al hombre, a todos los hombres, alzándose hacia Dios, donde todos se encuentran. **En sus relaciones humanas, es el español el más universal de los europeos.**

Ya comenzamos a vislumbrar alguna de las causas de ese descuido de la ciencia que también matiza lo español dentro de lo europeo. A él se debe el que no pocos malos observadores hayan llegado a menospreciar nuestra inteligencia. La ciencia, en particular la ciencia técnica, está situada en la trayectoria de la componente horizontal. Es una forma muy europea de la actividad, y de aquí también procede algo de lo que se quiere decir con eso de "África empieza en los Pirineos", sobre todo si se aborda el tema con deseo de exagerar. Que al fin y a la postre, aunque descuido y desvío hay, no es la negligencia total ni tampoco puede hablarse de incapacidad científica.

La técnica es dominio sobre la materia. Requiere paciencia y objetividad, virtudes algo escasas entre españoles, por ser ellas horizontales y verticales ellos. Recordemos aquella discusión entre Unamuno, verticalista si los hubo entre nosotros españolísimo como buen vasco, y Ortega, madrileño, horizontalista en su intelecto aunque vertical en su corazón. Al lamento de Ortega sobre la pobreza técnica de España, ¿qué respondía Unamuno? "Que inventen ellos"; y se zafaba del reproche de pereza haciendo valer a San Juan de la Cruz, la

alondra de vuelo más vertical en nuestro aire místico.

Este descuido de la ciencia, sobre todo en su aspecto técnico, se nos ha reprochado por otros europeos. Bastaría, en efecto, con definir a Europa específicamente como el continente de la ciencia para echar del continente a los españoles sin excesiva, aunque con alguna, injusticia. No falta quien lo haya hecho explícita o implícitamente. **Ya se ha dicho más de una vez que lo que los españoles llevaron a América no fue su civilización, sino la de los europeos, es decir, las técnicas que ellos habían importado primero a España a través de los Pirineos.** Conviene detenerse un momento ante esta argumentación para sacar a luz los dos errores en que se apoya.

El primero es un error de hecho. Bien que la ciencia nuclear, el avión y la ciencia eléctrica deban poco a los españoles. Apenas si podríamos citar a La Cierva, en la aviación, como uno de esos genios aislados y singulares del tipo Ramón y Cajal, de quienes vale argüir en contra que una golondrina no hace el verano. Pero el descubrimiento y la conquista de América se hicieron con técnica española y con espíritu hondamente europeo en cuanto a su ansia de saber. Los navegantes y pilotos del siglo XVI se lanzaron al descubrimiento de mares y costas; los tratados de navegación de los españoles, **El arte de navegar, de Pedro de Medina, el Breve compendio, de Martín Cortés y otros, sirvieron de texto en toda Europa durante siglos.** Dicho sea de pasada, es hora de hacer justicia a un autor norteamericano, gran conocedor de las cosas de España en América, el profesor Haring, de la Universidad de Harvard, que de esto ha escrito muy bien. **Las grandes rutas marinas, los españoles las descubrieron.** La circunnavegación, ¿quién la hizo antes que nadie? ¿Quién se acercó jamás a los países nuevos con más curiosidad humana y científica que los españoles? **Cortés no pasa por los volcanes sin mandar a Ordás que los vaya a investigar.** Los libros inteligentes sobre el país, sus habitantes, fauna y flora, lenguajes y costumbres, se suceden sin cesar. La Corona organiza cuestionarios de información que asombran al sociólogo moderno por su amplia curiosidad. ¿Qué se quería de España? ¿Qué en el siglo XVI hablase ya de

los isótopos?

No. No se quería nada. Pura ignorancia, con su mezcla usual de arrogancia. En su famoso **Outline of History** (¿se lee todavía?) H. G. Wells dice: "Es un infortunio para la ciencia que los primeros europeos que llegaron a América fueran esos españoles tan escasos de curiosidad, sin pasión científica, sedientos de oro, y llenos de la ciega beatería de una reciente guerra de religión. Hicieron pocas observaciones inteligentes sobre los métodos e ideas indígenas de estos pueblos primordiales. Los exterminaron y bautizaron; pero tomaron muy poca nota de las costumbres y de los motivos que cambiaban ante su ataque." El pobre Wells era un ignorante, incapaz de expresarse en otra lengua que la suya. **No había ni oído hablar de Sahagún, de Sarmiento de Gamboa, de Durán, de Monardes;** y si alguien le hubiera mencionado a Torquemada, el autor de la **Monarquía indiana**, se habría aterrado pensando en el Gran Inquisidor.

Conste pues que en la llamada leyenda negra hay quizá más ignorancia que malevolencia. Y por aquí entramos en el segundo error de la tendencia a definir Europa como el continente de la ciencia. La definición peca de estrecha. Excluye al cristianismo y reduce el socratismo a la mera técnica. Vaya como ilustración un contraste elocuente. Doscientos años después de que un Sahagún o un Sarmiento de Gamboa estudiasen con inteligencia técnica digna de cualquier moderno las costumbres de los indios, **Sir Jeffrey Amherst, general en jefe de las fuerzas inglesas en las colonias americanas de Inglaterra, le escribía a su subordinado el coronel Bouquet desde Fort Pitt (1763): "Hará usted bien en intentar contaminar a los indios (quiere decir con viruela) por medio de mantas así como en probar cualquier otro método que sirva para exterminar a esa raza execrable."** Y el nada indigenista general añade: "Celebraría que el plan que usted tiene de cazarlos con perros dé buen resultado." Esto no deja de tener su intrínquilis. El coronel contesta a su jefe: "Procuraré contaminar a los... (por lo visto no se atreve a ser tan franco como su jefe) con unas mantas que vayan a dar a sus manos; **me gustaría aplicar la manera española de cazarlos con perros**". Resalta aquí la confusión entre el sistema y la

excepción, la ley y el crimen. Y también entre la técnica (Sócrates) y la humanidad (Cristo).

Y esto nos lleva de la mano a considerar el aspecto socrático-cristiano de los españoles. Ha habido épocas y casos desde luego en que lo socrático y lo cristiano no han ido muy de acuerdo. Lo cristiano ha temido que lo socrático le fuera perjudicial. Y vino la intolerancia religiosa y aun la Inquisición. Pero cuidado; no vayamos a caer en los errores vulgares que en este terreno se cometen. Recordemos, por ejemplo, que los **Espinosa, familia de judíos leoneses** que se fuga por Portugal a Holanda huyendo de la Inquisición, se encuentra con una intolerancia y una persecución no menores por parte de los rabinos de la judería ortodoxa de Amsterdam. Descartes, aun viviendo en Holanda, tuvo que esconder algunos de sus manuscritos. Rousseau anduvo de la ceca a la meca en Europa perseguido por sus ideas en Francia y en Suiza. El libro de Suárez sobre **La Monarquía lo quemó el verdugo en Londres pero circulaba libremente en Madrid**. Y creo recordar que a Servet lo quemó Calvino en Ginebra por obstinarse en no quitar una coma de donde le estorbaba al Dictador ginebrino. Concedo que si Servet se hubiera quedado en España lo probable es que habría muerto a la misma temperatura; pero esto no hace a España menos sino más europea.

Que Europa proceda de la síntesis de dos corrientes de tradición, no excluye ni que una u otra de esas corrientes sea impura y venga cargada de limos que tiene que ir decantando; ni que al encontrarse una con otra no se embrollen y embarullen mutuamente a veces.

Los españoles, como todos los europeos, pecaron a veces contra el espíritu socrático y contra el espíritu cristiano. Pero en su conjunto, la labor española en América ha sido socrática y cristiana. A ella se deben resultados concretos que conviene recordar.

En primer lugar un sentido humano de la colonización. Este hecho evidente ha quedado oscurecido por la crítica lascasiana, a su vez debida al mismo humanismo de los españoles. Pero nadie que haya estudiado el tema con perspectiva puede dudar de que en sistema y conjunto, y a pesar de las excepciones, fallas y

maldades que lo afean en ciertos lugares y tiempos, el régimen español se fundó en el postulado de la humanidad de los indios. Aquí daré otro ejemplo de la ignorancia de nuestros críticos. En un libro que el eminente biólogo inglés y ex director general de UNESCO Julian Huxley publicó en 1935 en colaboración con A. C. Haddon, libro que precisamente se llama **We europeans** (Nosotros los europeos), se dice: "Los españoles excusaron sus malos tratos para con los indios americanos alegando que no descendían de Adán y Eva." Ahora bien, da la casualidad de que la conquista española de América es el único caso conocido en que los conquistadores, por imposición regia tienen, que espetarles a los indios una declaración formal instándoles a que se dejen convertir, **declaración que empieza precisamente afirmando que todos los hombres son hijos de Adán y Eva**, y sobre esta base, por el camino del Dios único y del Papa su representante en la tierra, se justificaba la conquista. Pero ni Huxley ni Haddon han oído hablar del doctor Palacios Rubios, consejero de los Reyes Católicos que redactó tan sincera como ingenua declaración.

En segundo lugar, este humanismo funda por doquier universidades que en vez de enseñar a lo hispano, como lo hubiera hecho cualquiera otra nación europea, enseñan a lo universal. **Así se crea en Hispanoamérica y en las Filipinas una cultura universal y no sólo española, que es en sí ya una preparación a la independencia**. De cada universidad hispanoamericana brotó una nación, con su carácter propio y su arte nacional.

En tercer lugar, los españoles, pese a sus malos tratos en ciertos tiempos y lugares, trataron en general bien al indio; y así permitieron este hecho incontrovertible que había en Hispanoamérica (dejando aparte las Antillas) **más indios al terminar que al comenzar el ciclo hispano**. La nación europea que pueda decir otro tanto, que alce el dedo.

Tomado de: *Presente y Porvenir de Hispanoamérica*. Editorial Sudamericana, 1959.

La Muerte de Hidalgo

"A la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos"

Salvador Rasura

El historiador, en su afán de ilustrarse y encontrar documentos desconocidos o que sirvan como complemento de los que ya son del dominio público, busca y rebusca entre los papeles viejos, en las bibliotecas antiguas de ciudades, pueblos y rancherías u hogareñas, en los archivos, en todo lugar donde existen papeles, libros o un algo antiguo. Cuando encuentra algo interesante, si puede, lo compra; si no lo pide prestado o solicita, sin ambages, el obsequio de ello; porque el historiador tiene, hacia los viejos papeles o todo documento u obra antigua, un cariño entrañable, un amor sin límites: semeja a los antiguos galanes, a los que nada les importaba el tiempo, las penas o los combates con tal de obtener de la dama de sus ensueños el amor ambicionado. La dama y su amor, en el historiador, son esos papeles viejos, mugrientos muchas veces; rotos o incompletos; casi ilegibles a veces; pero que hablan del ayer del mundo. "Investigar el pasado, estudiar el presente y servir al futuro", he allí el lema de la "Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos", allí está nuestra misión.

Pues bien, por allí ha tiempo que nos salió un ejemplar de la Revista mensual CORDOBA, el número 8, del Tomo 1o., editado en H. Córdoba en Diciembre 1o. de 1896. En él, se publica una carta del Teniente Pedro Armendáriz encontrada, gracias a la paciente y concienzuda investigación del —entonces— joven escritor Luis González Obregón, que a continuación copiamos textualmente.

El documento dice así:

CARTA DEL QUE SUSCRIBE.

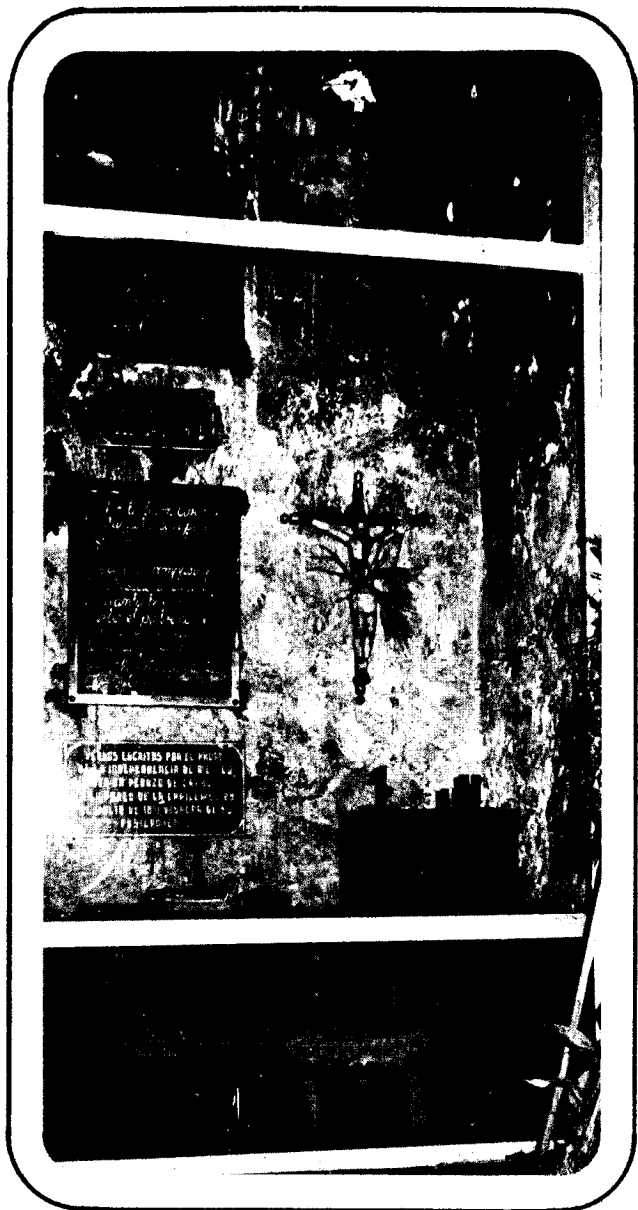
"Ciudad de Santa Fee del Nuevo Méjico, 17 de Febrero de 1822, Segundo de la Independencia.

Sr. Impresor de "La Abeja Poblana".

Muy señor mío: es demasiado el cariño que tengo á V. en consecuencia á que lo reconozco por un completo independiente, y decidido por el bien general de sus semejantes, pues así me lo han asegurado uno ú otro papel, que he tenido la fortuna de haber habido

á las manos de los que V. imprime, y llevado del cariño, y de lo justo, me ha parecido acertado darle la noticia, que puede ser ignore.

El año de ochocientos once, me hallaba en Chihuahua de Ayudante de plaza del señor Comandante General Salcedo; mi empleo era Teniente de presidio, Comandante del segundo escuadrón de Caballería de reserva, y vocal de la Junta de Guerra: como tal sentencié entre otros á muerte, á los señores cura Don Miguel-Hidalgo y Costilla, Don Ignacio Allende, Aldama, Jiménez y Santamaría: fuy el testigo de vista más inmediato de sus muertes, con motivo á que á mi cuidado se fiaron en capilla, hasta que como principal verdugo los hacía pasar por las armas: siempre he oído hablar con variación de dichos señores acerca de los últimos momentos de su vida en términos, que según los acriminan han creído muchos eran hereges, y para sacar de dudas digo: que el señor Hidalgo luego que llegó a Chihuahua se puso preso con las seguridades necesarias en el cuartito número 1o. del Hospital: muy a menudo se confesaba, se condujo con la mayor resignación y modestia, hasta que llegó el día horroroso, en que hallándose en otro calaboso se sacó para ser degradado. Salió con un garvo y entereza que admiró a todos los concurrentes, se presentó y arrodilló orando con cristiana devoción al frente del Altar que estaba al lado derecho de la puerta de la botica: de allí con humildad, se fué donde estaba el Juez Eclesiástico, concluidos todos los pasos de la degradación. que con la misma humildad sufrió, se me entregó: lo conduje a la capilla del mismo Hospital, siendo ya las diez de la mañana en donde se mantubo orando a ratos, en otros reconciliándose, y en otros hablando con tanta entereza. que parecía no se le llegaba el fin a su vida, hasta las nueve de la mañana del siguiente día, que acompañado de algunos sacerdotes, doce soldados armados y yo, lo condujimos al corral del mismo Hospital a un rincón donde le esperaba el espantoso vanquillo, la marcha se hizo con todo silencio: no fué exhortado por ningún eclesiástico en atención á lo que iba haciendo por sí en un librito que llevaba en la derecha, y un Crucifijo en la izquierda; llegó como dije al vanquillo dió a un sacerdote el librito,

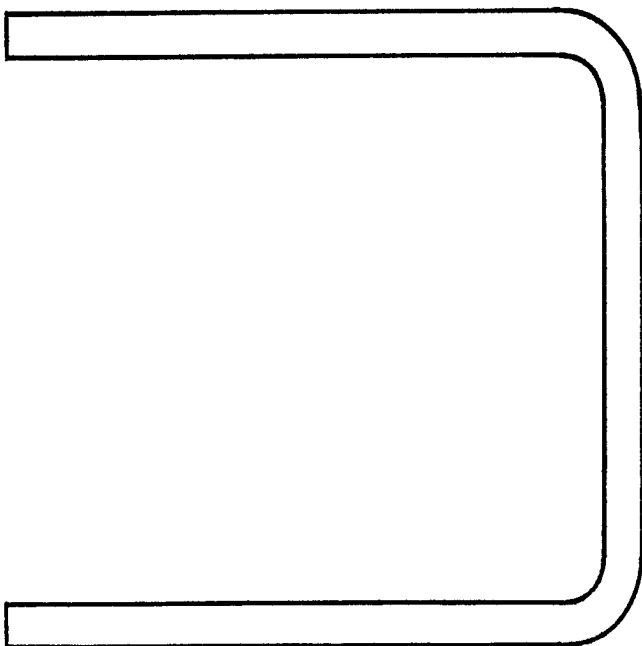


y sin hablar palabra, por sí se sentó en el tal sitio, en el que fué atado con dos portafusiles de los maderos, y con una venda de los ojos contra el palo, teniendo el crucifijo en ambas manos, y la cara al frente de la tropa que estaba formada dos pasos. á tres de fondo y á cuatro de frente: con arreglo a lo que previene le hizo fuego la primera fila, tres de las balas le dieron en el vientre y la otra en un brazo que le quebró: el dolor lo hizo torcerse un poco el cuerpo, por lo que le safo la venda de la cabeza y nos clavó aquellos sus hermosos ojos que tenía: en tal estado hice descargar la segunda fila, que le dió toda en el vientre, estando prevenidos que le apuntasen al corazón: poco extremo hizo, sólo sí le rodaron unas lágrimas muy gruesas: aún se mantenía sin siquiera desmerecer en nada aquella hermosa vista, por lo que le hizo fuego la tercera fila que volvió a errar no sacando más fruto que haberle hecho pedazos el vientre y espalda, quizá sería porque los soldados temblaban como unos azogados: en este caso tan apretado y lastimoso, hice q' dos soldados le dispararan poniendo la boca de los cañones sobre el corazón, y fue con lo que se consiguió el fin. Luego se sacó á la Plaza del frente del Hospital, se puso una mesa a la derecha de la entrada de la puerta principal, y sobre ella una silla en la que lo sentaron para que lo viera el

público que cuasi en lo general lloraba aunque sorbiéndose las lágrimas, después se metió adentro, le cortaron la cabeza que se saló, y el cuerpo se enterró en el campo santo.

Los cuatro siguientes señores nombrados murieron antes que el señor Cura: fueron encapillados juntos en la misma Capilla, y á mi cuidado estuvieron en ella veinte y cuatro horas, luego se condujeron atados de los maderos con los portafusiles hasta la plazuela que queda a espaldas del Hospital dicho, en donde estaban los banquillos esperándolos: llegaron al frente de ellos según les había de tocar; el señor Allende luego que enfrentó al que debía ocupar, volvió la cara al campo, se levantó la venda que le cubría los ojos, estuvo mirando toda la gente, se volvió a cubrir toda la vista, y se dirigió al banquillo en donde por sí se sentó: los otros tres fueron sentados y todos atados a los palos de los maderos con los portafusiles, á una par se les descargaron cuatro tiros a cada uno por la espalda, y fueron suficientes para que con igualdad murieran: á poco se quitaron de los banquillos, se fueron tendiendo allí sobre una mesa, excepto Santamaría, les quitaron las cabezas que después se salaron, y sus cuerpos se sepultaron en el campo santo remitiendo con la cabeza del señor Cura Hidalgo las otras a Guanajuato.

Los mencionados señores, tubieron excelentes preparaciones para morir confesándose muchas ocasiones, su resignación y entereza causaba admiración, principalmente cuando ya fueron encapillados: en las veinte y cuatro horas que durante ellas fueron exhortados por ellos mismos en ratos en latín y en otros en castellano, tomaba uno la palabra, y así que se cansaba la tomaba otro y así sucesivamente las veinte y cuatro horas ecepto el señor Allende que aun allí lo trataban los otros con el mayor respeto: este último murió defendiendo por justa la independecia, en términos que antes cuando se le tomaba su declaración, viéndose tan apretado por el fiscal, se vió en la necesidad por su defensa, de tomar la corta plumas de sobre la mase y se tiró tres cortadas al vientre que no le rompieron el cuero: Jiménez solo encargaba á su mujer y su hijito; y Santamaría antes se había fingido loco para escapar la vida,



pero después fué admirable su resignación y disposición.

Estos Héroes son dignos de que se perpetuen en nuestras memorias, no sólo por los conocimientos que nos acarrearón con habernos mostrado el verdadero camino de la libertad, sino que según sus últimas demostraciones murieron tan cristiánamente como los mejores cristianos, por cuyas virtudes sírvase V. interesarse á que por un monumento en Chihuahua sean eternizados.

V. dispense esta mi piadosa confianza y disponga de la buena voluntad de su affmo. atento, seguro servidor, y amigo. Q. B. S. M.

Pedro Armendáriz."

Como complemento sólo debemos agregar: que en "La Abeja Poblana" fué el primer periódico en que se publicó el Plan de Iguala, motivando el que su redactor y editor fueran encarcelados. Aunque la carta no menciona fechas, es sabido que el 30 de julio de 1811 fusilaron al Cura Hidalgo.

Al transcribir esta carta se ha respetado la redacción y ortografía.

Monumentos a Hidalgo los hay en todo el país; falta que la Secretaría de Educación y el Profesorado contribuyan a difundir, entre todas las clases sociales, el verdadero cariño, respeto y admiración que se merece el iniciador de la Independencia Mexicana, el benemérito Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla.

Chihuahua, Oct. 1955.

S. RASURA.

Castelar el Político

Angel Pulido

Alma tan sensible hubiera podido agotar sus copiosas fuentes de amor y ternura en la mujer y en los hijos, donde los más apasionados hallan campos que devoran las mayores opulencias del sentimiento; pero Castelar huyó de todas estas aplicaciones, y profesando el principio, que muchas veces le escuché, de **que la política, como el sacerdocio eclesiástico, es una religión que necesita de célibes**, contrajo todo el riquísimo caudal de amores que podía haber derrochado en su vida de sesenta y seis años, a un solo inmenso culto: el amor a la patria.

Y haciendo de esta abstracción una encarnación palpitante, una belleza real y tangible, dotada de sublimes perfecciones consagróla a amores varios, que cambiaron con la edad y la experiencia. Allá, en los primeros años de su juventud, la amó con la irreflexiva y exaltada impaciencia de quien lo sacrifica todo a la posesión precipitada, y expresa su sentimiento con la seductora letanía de las frases ardientes y los pintorescos lauros. La patria era una visión seductora a la que había que aplicar los más dulces adjetivos; y los labios del inspirado tribuno crearon una encantadora y nueva deidad, que hizo palpar con emociones nunca sentidas cuantos hogares españoles y americanos pronunciaban la hermosa lengua de Castilla. Mal calculador entonces de las tremendas e incontrastables fuerzas que rigen la vida de los pueblos y las evoluciones de la Historia, entregado a la deplorable inexperiencia en que incurren las ardientes imaginaciones de los apasionados políticos, **siempre fáciles a la obra de desatar tempestades que luego no pueden reprimir**, no acertó a comprender con cuánta exactitud la patria era un ser real, dotado de carne, sangre y nervios, de temperamento y hábitos, de idiosincrasia y fatalidades biológicas hereditarias... y que, por esto, violentar los resortes de su organización y las leyes de su existencia con alteraciones y cambios bruscos, era condenarla a gravísimas enfermedades y a peligros de muerte, en vez de magnificarla y servirla. Su pasión honrada, su civismo puro y generoso, sufrieron un día terrible espanto y dolor ante la inesperada catástrofe; las tempestades nerviosas producidas y la anarquía de funcio-

nes desatada en el organismo nacional, hicieron caer de sus ojos la venda, y abriendo entonces su razón de joven alocado a las espantables enseñanzas de la experiencia, la cual demuestra que para los pueblos, como para los individuos, hay cariños que matan, sintió una nueva y más prudente pasión, temiéndolo ya todo, mirando con terror cuanto pudiera trastornar la tranquilidad y la integridad de su adorada patria, y discurrendo con su poderosa inteligencia leyes de tranquila evolución, distintas a las convulsiones sangrientas, hasta entonces señaladas para su engrandecimiento y felicidad. En estas conversiones, su contrición y sus confesiones públicas fueron sublimes y heroicas, porque nadie sufrió tanto dolor, nadie habló tan acerbamente, nadie le ganó en sinceridad y en sacrificios, nadie puso sobre la propia frente la ceniza que él puso, ni aplicó a sus carnes el cilicio que él se ciñó, ni, condenando las gloriosas pasadas apoteosis, renunció para siempre a todos los destinos y magnificencias de un porvenir merecidísimo, contrayéndose a ser no más que el luctuoso y severo amonestador de las irreflexivas ilusiones y de las patricidas aventuras. ¡Con cuánta justicia, Sagasta, Silvela, Maura, Romero Robledo, Moya, Sol y Ortega y cuantos levantaron su voz para honrar la memoria de este hombre. en la sesión que le dedicó el Congreso de los diputados, ensalzaron el sublime heroísmo que le llevó al sacrificio de todo lo más grato a su nombre y sus intereses, por servir a la patria!

Díganlo también aquellos republicanos de Granada y Alcira que escucharon los primeros discursos de su nuevo apostolado por los años de 1875 y 1880; díganlo aquellos interminables párrafos donde sus alientos y resistencias oratorios, propios de un Estentor homérico, se rendían al largo relato de calamidades infinitas, de trenos inconsolables y de terrores sin alivio, que evocaba luego con frecuencia para que, con su recuerdo, la democracia aprendiera saludables y necesarios escarmientos; párrafos en los cuales presentaba rota la unidad de la patria; relajados los lazos sociales; triunfante como nunca la anarquía; en Málaga resistencias a obedecer la autoridad central y admitir la fuerza pública; desarmada la guarnición e indisciplinado el Ejér-

cito en Barcelona; peleando con lucha sangrienta los carabineros y el pueblo en Granada; dictadura municipal en Cádiz; cantón presidido por los reaccionarios en Valencia; quemadas las fábricas y asesinados los probos ciudadanos en Alcoy; convertidos a una guerra civil los pertrechos acumulados en Cartagena para defender la patria; la escuadra gloriosa, ilustrada por las hazañas de la Historia, a merced de quien quisiera apoderarse de ella en el mar, nacional o extranjero; los carlistas asolando en el Norte, en el Maestrazgo, en las montañas de Cataluña y en el Bajo Aragón; en las Cortes la minoría federal expidiendo diputados a las provincias en son de guerra... y su corazón de patriota condenado, por los propios errores y los de sus correligionarios, a presenciar la agonía de España, amenazada de convertirse en una nueva Polonia, y de caer sin tener a su favor los votos de los pueblos, ni la compasión de la Historia, negados siempre a quien sucumbe por su mal con insensatos e imperdonables suicidios.

Desde entonces señaló ya como el primero de todos los principios, el orden público, que defiende y ampara las leyes, que vigoriza y sostiene la autoridad, que obliga a cada ciudadano a encerrarse en su derecho, a respetar el derecho de los demás, y á pedir todo aquello que le corresponda y pertenezca, no con violencias, no por las armas, no en medio de las calles y sobre las barricadas, sino por procedimientos jurídicos, y ante aquellas Autoridades encargadas en todos los pueblos cultos de distribuir y realizar la justicia. Advirtió que **el pueblo esclavo se distingue del libre en que apela siempre á la fuerza, nunca al derecho; que jamás pueden ser pueblos libres los de genio inquieto y de temperamento revolucionario**, para quienes la ley es una tormenta continua y la democracia una demagogia desenfundada; pueblos que sólo oven la voz de exaltados profetas, y sólo entrarán en la sociedad regular y pacífica conducidos, como el ganado, **por un ser que los sujeta**, llamándose naturaleza superior á ellos en habilidad, en inteligencia ó en fuerza. Previno, en fin, que toda reforma que se gana por un accidente feliz, se pierde por otro accidente desgraciado, y sólo prosperan y arraigan aquellas reformas que han nacido de la reflexión, se han propagado

por las libres discusiones, y han puesto su base en la voluntad y en la conciencia de los pueblos; que por exceso de autoridad mueren las Monarquías, como por exceso de privilegios las aristocracias y por exceso de libertad las democracias; y que así se halla siempre muy cerca del hielo de la muerte, quien por exaltada fiebre tiene un calor excesivo.

Ningún político ni hombre de Estado miró con más menosprecio y aun odio que Castelar las efímeras vanidades del poder; y por eso fue como nadie un adorador platónico de la patria. Desde el día en que la abdicación de D. Amadeo de Saboya puso ante su vista la posesión del mando, sintió verdadero miedo, y como había consagrado anteriormente todas sus fuerzas a precipitar ese suceso, las consagró desde entonces a retrasarlo, **apoyando cuantos gobiernos se sucedían, y queriendo disciplinar y contener aquellas fuerzas sociales que había revuelto con su mágica palabra.**

Apoyó primero á Figueras hasta el último momento; apoyó luego a Pi constantemente; apoyó después a Salmerón, haciendo cuanto le fue posible para que no se retirase del Gobierno, y cuando el poder fué a sus manos lo recibió como una desgracia y compromiso de honor inevitables, y con él, frente a todo el mundo, sostuvo aquella política gubernamental y transigente con la cual creía posible la salvación de la patria y de la república, desplegando ese civismo y honradez que le permitían decir en su discurso del 6 de Abril de 1876: «Cuando yo he alterado mis creencias las he alterado delante de una Cámara en que aquellas creencias estaban en mayoría; a otros, el alterar sus creencias les ha valido subir al poder; el alterar las mías me ha costado a mí bajar del poder.» Así, pues, renunciando para siempre a goces de gobierno; pronto a sacrificarlo todo: popularidad, cargos, partidos, periódicos, correligionarios... en aras de la paz y del orden, pasó a ser **un defensor de la perduración de todos los gobiernos, cualesquiera que ellos fuesen, liberales ó conservadores**, porque creía que con todos se podían obtener aquellos progresos de la democracia, conquistas del derecho y reorganización de la Hacienda, en que cifraba la felicidad posible de España.

En esta situación, cuando sus enojos eran mayores y veía a los gobiernos comprometer las libertades conquistadas, y negar las necesarias al triunfo de una democracia pacificadora, les conjuraba al buen camino, señalándoles con proféticas amenazas los peligros que encerraba su desacierto, y les decía, como en su discurso del 16 de Marzo de 1876: «¿Tan felices os creéis que nada puede turbar vuestra felicidad? Si no teméis las catástrofes de mañana, muy desmemoriados andáis no recordando las terribles catástrofes de ayer. Yo de mí sé decir que no se apartan un momento de mi corazón y de mi memoria!»

Sería difícil hallar en la historia de los hombres políticos rectificación más honrada, más sincera y de más nobles y puras confesiones. Bajo este aspecto, como bajo otros muchos, es incomparable con ningún otro hombre de Estado. Porque huía del poder y desdénaba la censura, había en su alma un sereno estoicismo que se sobreponía a todas las ingratitudes de los apasionados sectarios de los partidos. Atento siempre a los dictados de su conciencia, guardadora desconfiada y dolorida de los males de la patria, y puesto su pensamiento en la justicia infalible y serena de la historia, **leía con benevolencia las acusaciones más violentas de los que le llamaban traidor a la república**, y causante de que no se restableciera esta forma de gobierno; la cual, profeta acertadísimo, anunció no verían jamás en España cuantos contribuyeron a la muerte de la que una vez la casualidad puso en sus manos.

La desgracia que alecciona, cambia y ennoblece, así a las colectividades como a los individuos, impregnó de tal melancolía sus discursos, impuso tan cuidadosos reguladores a sus consejos tan prudentes y acertadas advertencias a sus propagandas, tan distintos procedimientos al logro de sus aspiraciones, que ya en vez de halagar a las muchedumbres prefirió persuadir a los ministros y jefes de gobierno; en vez de provocar alborotos, imponer respetos; en vez de escuchar aplausos tributados a sus deslumbradoras fantasías, debatir amistosamente con los directores todos de la política, visitándoles en su casa, recibéndoles en la propia, sentándoles a su mesa, lisonjeando sus debilidades, com-

partiendo en el silencio sus tareas, inspirándoles sus discursos, disuadiéndoles de sus errores, moviendo a los perezosos, calmando a los enojados, y recabando de todos benevolencia, entusiasmo, actividades armónicas, para encarnar en las leyes las conquistas políticas deseadas, **sin que la nación se diera cuenta de quién era el autor íntimo de aquellas reformas.**

En estas gestiones Castelar no veía más que la patria, no servía más que a la patria, ni ansiaba otro bien que el engrandecimiento y la felicidad de la patria. Ella era una abstracción ideal inmaculada; podrían sus hijos los españoles pecar, pero ella era siempre pura; podrían equivocarse, pero ella era siempre infalible; podrían morir, pero ella sería siempre inmortal, duraría más que todas las instituciones, y era como la imagen de la Virgen, cuyos pies quebrantaba la cabeza a la serpiente del mal, y la frente se ocultaba entre las estrellas del cielo.

Así nunca se le oyó quejarse de España porque fuera ingrata con él, no rindiera a sus merecimientos tales o cuales homenajes, ni acudiese a sus necesidades particulares —¡jél, que vivió siempre en la angustia de su falta de recursos!—. Como un espíritu locamente enamorado, cuanto simbolizaba a España, o era fruto legítimo de ella, despertaba en su alma caricias, ternuras y delicadezas inefables. Reconocía y cantaba las grandezas históricas de otros pueblos y sus bellezas panorámicas, pero ninguno era más heroico ni más hermoso que su España, cuyas comarcas numerosas y variadas, cuyo cielo luminoso y transparente, cuyo litoral verde-gueante y florido, y cuyos mares, el Mediterráneo a un lado, el Atlántico al otro, le enardecían y exaltaban, poniendo en sus labios cantos inspiradísimos, estrofas hiperbólicas de los grandes poetas, que entonaba con fuego, aun en sus reuniones más íntimas y en las conversaciones más vanales.

Fragmento tomado del prólogo a *Patria*. Emilio Castelar. Librería de Fernando Fe. Madrid, 1904.

FORO DE NORTE

HERNAN CORTES



Iniciativa presentada por el señor licenciado don

Alfonso Francisco Ramírez en 1950.

(Quien fue Diputado al Congreso de la Unión en 1940, y más tarde Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.)

H. CAMARA DE DIPUTADOS:

En el recinto parlamentario figuran grabados en letras de oro los nombres ilustres de quienes nos dieron Patria, y los de otros insignes varones que la han enaltecido con sus hechos heroicos o de hondo alcance social. Pero se advierte la ausencia del de uno de los creadores de la nacionalidad mexicana: Hernán Cortés.

Es tiempo ya de que le hagamos justicia, y honrando su memoria, nos honremos a nosotros mismos. Creemos definitivamente disipadas las tinieblas que la incomprensión y la ignorancia acumularon sobre una de las más grandes figuras que contemplaron los siglos, y que la verdad se ha impuesto con la evidencia de su resplandor incontestable.

Nos deslumbran como al que más las virtudes preclaras de la raza indígena y sus realizaciones magnificantes a través de las décadas atormentadas de nuestra historia, como sinceros y fervientes admiradores del indio y de las grandiosas culturas autóctonas. Pero el México actual, el de esta hora de renovación fecunda, no es el conglomerado de las razas primitivas, sino la síntesis de su amalgama con el elemento hispano, que nos trajo su sangre generosa, las más puras esencias de la civilización occidental y un nuevo sentido de la vida, envueltos en el manto del más suntuoso idioma de la modernidad.

Y fué el Conquistador uno de los ejecutores de esta magna empresa que, si bien no se vió limpia de excesos y crueldades, buscó en cambio la fusión indisoluble y amorosa de dos razas, lejos de extirpar a los vencidos, como hicieron otros pueblos en sus aventuras imperialistas.

Al reivindicar a Cortés, rendimos homenaje a la Madre España, no a la de hoy ni a la de un reciente ayer, sino a la España eterna, artífice de pueblos, generadora de las repúblicas que florecen en estas ardientes tierras de América y una de las más altas concreciones del espíritu humano.

La crítica científica ha valorado ya su obra colonizadora, destacando como, a la vera de los afanes de lucro y poderío, alentó siempre una fragante y robusta idealidad. Y que de las jornadas sangrientas de la conquista, salieron el dolor y la violencia trasmutados en ciudades espléndidas, en universidades, en caminos, en legislación y en arte excelso.

Es Cortés, no sólo uno de los capitanes más notables de todos los tiempos, sino el símbolo de esa España grande, noble y ubérrima. Y, sobre todo, es como, se deja apuntado, uno de los forjadores de la nacionalidad mexicana, que es la feliz conjunción de las razas indígenas y de la raza española, en una síntesis indivisible y magnífica.

Por estas consideraciones, brevemente enunciadas, nos permitimos proponer el siguiente proyecto de decreto.

Artículo único.—Grábese con letras de oro, en el salón de sesiones de la Cámara de Diputados, el nombre Hernán Cortés.

Sugerimos además, como complemento de lo anterior, que se hagan las gestiones necesarias para que una de las principales calles de la capital lleve el nombre del Conquistador.

México, D.F., 27 de agosto de 1940.

LIC. ALFONSO FRANCISCO RAMIREZ.

Lic. Víctor Alfonso Maldonado Lic. Ignacio Lizárraga.

Los Arabes

Antonio Conde

De como Almanzor honraba á los doctos, y de otros sucesos.

Se detenía poco tiempo Almanzor en las fronteras, y mientras estaba en Córdoba **su casa era como una academia de sabios y de hombres de ingenio**: la frecuentaba el Malagueño Obada ben Abdala ben Mêasemai Abu Becrí, que era de los mejores poetas de este tiempo en Andalucía, y escribió la historia de los poetas españoles, y una célebre borda ó elogio de Anabi Muhamad, y para pedir licencia para visitar al Wazir de Almanzor Ahmed ben Soaid ben Hezam hizo unos versos muy elegantes de improviso, y le dió el Wazir cien dinares de oro, y su casa franca á todas horas: también concurría á casa de Almanzor Abdelwariz ben Sofein, y muchos otros de las familias ilustres de Córdoba. Estableció Almanzor una academia de humanidades, y solo tenían asiento en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles ó ingeniosas de varia erudicion en prosa ó verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba entre los discípulos, y no permitía que se interrumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida; daba premios á los maestros y á los discípulos más sobresalientes. Por este medio acertaba en la eleccion de Mocries y alchatibes lectores y predicadores para las mezquitas, y de doctos Cadíes para las aljamas principales del Reyno. El Rey Hixêm continuaba en el retiro de sus alcázares holgándose en sus deliciosos jardines: ninguna persona podía visitarle sin licencia de la Reyna su madre, ó del Hagib Muhamad ben Abi Amer. No se hacia mencion de él sino en la chotba ú oracion pública del juma, en las monedas é inscripciones, precisos y únicos testimonios de su existencia. Cuando concurría en las pascuas y otras fiestas á la mezquita no salía de la Maesura¹ hasta que todo el pueblo había ya salido de la mezquita, y entonces salía rodeado de su séquito y guardia, y se volvía á su alcázar, que estaba cercano, apenas visto de la gente.

Desde el año trescientos sesenta y cinco estaba Alhasan ben Kenuz en la corte del Soldan de Egipto

Nazar ben Maad, y ahora entrado el año trescientos setenta y tres escribió Nazar al caudillo Balkin, que mandaba en su nombre en Africa, para que favoreciese á Alhasan en sus empresas en tierra de Magrêb. Llegó Alhasan á Tunez, y le recibió con mucha honra Balkin ben Zeiri ben Menad, y vistas las cartas del Soldan le dió tres mil caballos, y le siguieron algunas alcabillas de Berberíes voluntarios, y con ellos entró en Almagrêb, y fue aclamado en varios pueblos. Vino esta nueva á Córdoba, y al punto envió el Hagib Almanzor á su Wazir Abu Alhakem Omar ben Abdala ben Abi Amer con muy escogida caballería, y le dio el gobierno de Almagrêb y sus dependencias. Luego que Alhasan tuvo noticia del paso de estas tropas vino á encontrarlas á cercanías de Cepta, y las acometió en el momento de su desembarco, y en la misma costa del mar se dieron sangrienta batalla, y los Andaluces quedaron vencidos, y se acogieron á la ciudad de Cepta, y en ella los cercó Alhasan algunos dias. Escribió Omar su desgracia á Córdoba, y el Hagib Almanzor ordenó que luego partiese á Africa su propio hijo Abdelmelic Abu Meruân, aunque muy mozo ya bien acreditado por sus prendas militares. Pasó sin tardanza al auxilio de su tio Omar con muy buena hueste.

Entretanto Almanzor hizo entrada con grandes fuerzas en España oriental, salió con él la caballería de Córdoba, pasó por Garnata, Baza, Lorca y Tadmír: en esta ciudad se detuvo esperando que llegasen las gentes de Algarbe y las naves de aquellas costas: se hospedó en casa del Amil de la ciudad Ahmed ben Alchitêb ben Dagim, que en veinte y tres dias que allí estuvo dió de comer espléndidamente á todos los caballeros y caudillos que acompañaban al Hagib, y á toda la caballería y peones que llevaban, sirviendo á los principales con delicados baños de agua de rosa, y con profusión de arómas en sus concurrencias y comidas cada día, y se les ponían á todos estos ricos lechos de preciosos paños de seda y oro, y á todos en general muy cómodas posadas. A la despedida dijo Almanzor delante de sus caudillos y caballeros: en verdad que Ahmed no sabe aposentar gente de guerra, **yo me guardaré de enviar por aquí tropas de algihed ni fron-**

teros, para quien sus arreos son las armas, y el descanso el pelear; pero también es cierto que no ha nacido para vulgar pechero un hombre de tan generosa condición, y así en nombre de nuestro señor el Rey Hixêm yo le hago franco de pagar tributos durante su vida. Fue esto el día doce de la luna de Dylhagia del año trescientos setenta y cuatro, en la vigésima tercera expedición de Almanzor contra Cristianos. Se refiere que cuando esta jornada de Muhamad ben Abdala ben Abi Amer Almanzor, salió con él desde Córdoba Abu Omar Ahmed ben Chatêb, llamado Alhazin, y los hospedó en su casa en Murcia cuando Almanzor pasaba á la expedición de Barcelona con su séquito y hueste, y tuvo en su casa á todos los principales, y á Aben Sohaïd prefecto de asadaca; y el hijo de este Ahmed llamado Abulasbag Muza hospedó al hijo de Almanzor y á sus caballeros en su viaje, y por esto tuvieron franquezas en las puertas de Córdoba que les concedieron los Meruânes, y en el día esta insigne familia está tal vez despreciada, y viven pobres y oscuros como miserables Alarabes: Dios lo sabe. Cuenta Hayan en su historia de los Alamerîes, que la jornada de Almanzor á Barcelona fue en el año de trescientos setenta y cinco, y era la vigésima tercia de sus entradas, y llevó su camino por la parte oriental de España por Elbira, Basta, á Tadmîr, y se hospedó en Murcia, Alcaldía de Tadmîr, en casa del Alcaide Aben Chatêb, que los obsequió trece días á él, sus criados y caballeros, llevándoles á sus posadas pan, carne y frutas con mucha abundancia cada día, sin interés alguno, que todo lo pagaba Aben Chatêb, y se servía a Almanzor y á sus caudillos cada día diferentes y espléndidas comidas, sustancias, conservas y frutas, que era maravilla. Como entendiése Almanzor á la partida que todo lo había suplido y pagado Chatêb por las relaciones de los Wazîres que llevaban las cuentas del gasto, á nombre de su Señor le dió gracias: refiriendo esto á su vuelta al Rey Hixêm le propuso el hacer libres de derechos á Chatêb y á su familia. Convidó Almanzor á Chatêb á Córdoba, y le honró mucho, y le llamaba el obsequioso, y á su partida le regaló una linda esclava de su alcázar, y luego se tornó á su amelia ó gobierno de Tadmîr, y



conservó sus derechos y privilegios. Cuenta Abu Becri Ahmed ben Said ben Abilfayadh en su historia, la traducida en hebreo, que para la gaza de Almanzor á Barcelona salió de Córdoba día martes trece de la luna de Dylhagia del año trescientos setenta y cuatro, que fue cinco de Mayo, y estuvo en Elbira, de allí pasó á Basta, á Lorca y á Murcia, donde estuvo veinte y tres días hospedado en casa de Ahmed ben Dagim ben Chatêb, y en la de su hijo Abulasbag Muza ben Ahmed, que ninguno de la hueste gastó ni un dirham, que cada día sirvieron á Almanzor con diversas comidas y frutas en diferentes y preciosos vasos, y se le ponía el baño siempre de agua de rosa: que maravillado de esto Almanzor le dió muchas gracias, y le confirmó en su amelia, y se celebró mucho su hospitalidad. Acompañaba entonces al Hagib Almanzor Omayya ben Galib el Morori, de su patria Moror, uno de los buenos ingenios en poesía, que celebró la generosidad del tadmîri en elegantes versos. Allegó Almanzor en su marcha gente y caballería de Valencia, Tortosa y Tarragona, y fué á los campos de Barcelona. Salió contra él con infinito gentío el Rey² de Afranc, y aunque doblaban el número de los Muslimes, el valor de éstos, la pericia de Almanzor y la ayuda de Dios hizo que fácilmente rompiesen y des-



baratasen aquella muchedumbre de gente montaraz y baldía, que nunca pelea bien, y menos cuando tiene cerca algún asilo, que presto busca su seguridad en la fuga: acogiéronse con desórden á la ciudad, y los Muslimes los cercaron en ella con tan resuelto empeño y ardor, que el Señor de Afranc no esperando poderla defender, ni que le llegase socorro de ninguna parte, huyó de noche por mar favorecido de la oscuridad, que no le pudieron ver las naves de Algarbe que guardaban la marina. Dos días despues se entregó la ciudad por avenencia, salvas las vidas, pagando el tributo de sangre por cabeza. Aseguró la frontera, y se volvió á Córdoba por enmedio de España, despedidas las tropas de Valencia y de Tadmír: visitó al paso las ciudades, y en todas quedaron memorias suyas por las obras que mandó hacer en ellas para su seguridad y comodidad. Cuando llegó á Córdoba movido de la celebridad y fama de Said ben Edris ben Yahye, el Salemi, Mocri de la Aljama de Sevilla, hombre muy docto que habia viajado á Oriente y hecho su alhig ó peregrinación santa, y era admirable por su virtud y excelencia de su sonora voz, le hizo prefecto de azala en la mezquita del Rey Hixêm, y en este cargo de Imân permaneció hasta la guerra civil en que se retiró á Sevilla, y allí falleció

lleno de años en fin del cuatrocientos veinte y ocho.

En Almagrêb cuando Alhasan ben Kenuz, que tenía cercado en Cebta á Omar ben Abdala ben Abi Amer, supo que iba contra él Abdelmelic el hijo del Hagib Almanzor con escogida gente, se tuvo por perdido, y mal aconsejado se quiso poner en manos de sus enemigos, y así envió á la ciudad pidiendo avenencia y seguro para sí y para su familia, ofreciendo á Omar que pasaría en España á la merced del Rey Hixêm: respondióle Omar como deseaba, y avisó á Abdelmelic de esto, y éste lo consultó por medio de los forénicos con su padre Almanzor, que les escribió que apresuraran aquel negocio dando á Alhasan ben Kenuz cuantas seguridades pidiese, y que viniese á Córdoba. Así se hizo, y este Príncipe luego pasó á Andalucía: avisado Almanzor de su hijo de como ya estaba en su poder, escribió el Hagib que sin embargo de lo concertado convenía al servicio del Rey que luego le cortasen la cabeza y la enviasen á Córdoba, y sin atención al seguro y palabra dada le cortaron la cabeza en el campo, cerca de Alcazar al Ocâb en tierra de Tarifa, y dicen que al mismo tiempo que le descabezaban se movió un bravo viento que arrebató el gaban de los hombros del Príncipe Alhasan ben Kenuz, y desapareció que no se halló después. Enterraron allí su cuerpo los de su desconsolada familia, y los caballeros encargados por Almanzor entraron en Córdoba con su cabeza, en la luna Giumada primera, año trescientos setenta y cinco. Fue el imperio de Alhasan ben Kenuz diez y seis años la primera vez, desde el trescientos cuarenta y siete hasta el de trescientos sesenta y cuatro, y después la segunda un año y nueve meses. Los parientes de Alhasan se establecieron en Córdoba en la aljama de Magarawa, y en el divan del Rey, hasta que reynó en Córdoba despues de los Omeyas Aly ben Hamud, y se renovó la memoria de esta insigne familia. Con la muerte de este Aben Kenuz acabaron los Edrisen en Almagrêb, dinastía que habia principiado el día de la jura Edris ben Abdala ben Hasan en Medina Velila, en jueves á siete de Rebie primera, año ciento setenta y dos, hasta ahora cuando fue asesinado alevosamente este Alhasan Aben Kenuz, en Giumada primera de este año trescientos setenta y cinco, y fue todo el tiempo de este

imperio doscientos y dos años y cinco meses. Era la extensión de su estado desde Sûs Alacsâ hasta Medina Wahran, y fue cabeza del imperio la ciudad de Fez, y despues la de Biserta. Estaba este imperio como en el corazón de las dos poderosas dinastías que lo rodeaban por Oriente y Occidente, **por Oriente la de los Beni Obeid señores de la provincia de Africa, Barca y Egipto, y por Occidente la de los Beni Omeyas señores de España** y de Almagrêb, y por esta causa siempre estuvieron en inquietudes y guerras, ya señores de casi todo Almagrêb, ya dueños solo de algunas fortalezas como Azila, Hijar Anosor y Biserta, y hasta Telencen, hasta que acabó su soberanía: solo Dios es eterno, y señor de eterna dominación.

El Hagib Almanzor mandó construir en Fez para ornato de la Aljama una alcoba ó capilla, y su cúpula sobre columnas en medio del gran patio, donde estaba la torre vieja, y puso sobre su altura un talisman como los que habia antes sobre la cúpula de la capilla del Mihrâb, que era de los que sabian hacer los antiguos, como aquellos que se hicieron en tiempo del Xiyei. Se puso el talisman sobre una barra de hierro encima de la cúpula: uno era el del Alfar ó del raton, y con él nunca se halló raton alguno en la Aljama, y si entraba no andaba que luego se descubria y moria: el del Acrab ó alacran era otro, y con él nunca se vió entrar alacran en la Aljama, y el que entraba quedaba como helado y perecia; y de esto hay testigos fidedignos como el Alfaqui Aben Haron: el talisman de la columna de metal amarillo tenia una figura de haya ó serpiente, y nunca se vió serpiente alguna en la Aljama. Estos eran conocimientos de los Genios. El hijo de Almanzor Almudafar Abdelmelic edificó el hospicio y le surtió de agua por una acequia que labró, que la tomaba de Wadilhasan que corre fuera de la ciudad á la puerta de hierro. Mandó labrar para la Aljama un Alminbar ó púlpito de madera de onab y de ébano de preciosa labor con esta inscripción: en el nombre de Dios clemente y misericordioso, bendiga Dios á Muhamad y á los suyos con perfecta felicidad: esto mandó que se hiciese el Califa vencedor, espada del Islam, siervo de Dios, Hixêm el Muyad Bila, prolongue Dios su permanencia, por manos de su Hagib Abdelmelic Almudafar, hijo de Muhamad Almanzor ben Abi Amer, manténgalos Dios altísimo; y esto en luna Giumada pos-trera año trescientos setenta y cinco.

Sosegadas las cosas de Almagrêb, en el mismo año de trescientos setenta y cinco entró Almanzor en las fronteras de Galicia, corrió la tierra, puso cerco y entró por fuerza de espada en Medina Coyanca, destruyó sus muros, y valiéndose de algunos Cristianos principales que estaban en su compañía como refugiados por des-avenencias que entre ellos habia, fomentó sus discor-dias, y entró por sus tierras hasta las marismas de Ga-licia, y robó la iglesia de Zacûm, y tomó de ella muchas riquezas: en el otoño taló y corrió las tierras de Nahara y los montes Albaskenzes, y á la vuelta castigó á los de Uxama, Alcoba y Atincia, que se habian levantado, y vol-vió a Córdoba cargada su gente de despojos. En esta ocasión el erudito poeta Zeyadatale ben Aly le presentó su Kitêb Alhimâm, libro de la muerte, lleno de elegantes

y conceptuosas poesías. En este tiempo Almanzor nombró Cadi de Toledo al Wali-Xûri de Córdoba Ahmed ben Hakem ben Muhamad el Ameri, conocido por Aben Le-bâna de Córdoba, hombre docto y de mucha celebridad; y puso en su lugar á Ahmed ben Abdelaziz ben Fareg ben Abi el Hubêb; cordobés muy erudito, que habia sido maestro de su hijo Abdelmelic.

En este año trescientos setenta y cinco, avisado el Hagib Almanzor de haber entrado Balkin ben Zeiri en Almagrêb, luego ordenó que partiese el caudillo Ascaleha con gente africana y de Andalucía, y fueron á Medina Fez, y la entraron por fuerza, y apoderados de ella se hizo otra vez la Chotba por los Omeyas de España, que se habia interrumpido con las novedades de los Zeiries de Sanhaga: quedó por Amil de los Obeidies en el barrio de los Alcairvanes Muhamad ben Omar de Mekinez, que no pudieron los Andaluces ocuparle hasta el año siguiente.

¹ Maesura era una tribuna un poco levantada sobre el pavi-mento en la parte principal de la mezquita, rodeada de verjas doradas, donde se ponian los Reyes cuando asistian á la zala. Los mozos estaban en las mezquitas detras de los viejos, y las mugeres detras de los muchachos apartadas de todos los hombres; y no se movían los hombres hasta haber salido las mugeres: y las doncellas no iban á la mezquita donde no habia lugar apar-tado, y todas las mugeres iban muy bien tapadas y cubiertas de sus velos.

² Era este Rey de Afranc, ó de los Francos, Borel conde de Barcelona: todo el Pirineo y sus valles y vertientes, así á la parte de España como á la de Francia, estaban en estos tiempos divididos en pequeños señoríos, y nuestros Arabes á todos los llamaban Reyes y Señores de Afranc.

FORO DE NORTE

Sobre un intento de psicoanálisis de Cervantes

Ana María Navales



Fredo Arias de la Canal, en las catorce páginas de su "Intento de psicoanálisis de Cervantes", ha abierto una vía más hacia la penetración de nuestro escritor. La trascendencia de su trabajo, publicado en México, ha sido grande entre los críticos del Quijote y estudiosos en general, algunos de los cuales no vacilan en admitir la necesidad de una revisión de sus opiniones. Elegimos al azar las palabras de Ubaldo di Benedetto, que escribe: "Mucho tendré que reexaminar en vista de sus trascendentales aportaciones."

El punto de partida de Arias de la Canal ha sido los trabajos del doctor Edmund Bergler, destacado alumno de Freud, que en su *The writer and Psychoanalysis* analiza los motivos de la conducta del escritor en general. Esto va unido a un hondo conocimiento de la obra cervantina y a las ideas de Benjumea, biógrafo de Cervantes, que recoge su fondo psicológico masoquista resumiéndolo como "la filosofía de la adversidad". Cita también el autor a Papini —no olvidemos su *Don Quijote. Figuras humanas. Retratos*—, y aplicando un método científico extrae sus conclusiones de la analogía y relación entre las enseñanzas de la psicología y los datos de la personalidad cervantina sacados del contenido de sus obras.

Así, Cervantes queda como el padre de la filosofía existencialista tras haber sido analizado conjugando los textos con su biografía en los aspectos: pseudoagresión, fantasía de rescate, ironía, regresión oral, autodaño... hasta lograr la identificación de nuestro escritor con Don Quijote en el plano ideal. "Como no ha logrado alcanzarlo, cumplirlo, realizarlo, serlo en realidad —afirma en su comentario Osvalda Rovelli—, su "ego" debe defenderse de su "ego ideal" utilizando los recursos de su filosofía y agredirlo mediante el manejo sutil de la ironía."

Es éste un estudio serio, inteligente, muy personal, lleno de aciertos, sin duda, pero que causa cierta sorpresa. Si al estudiar una obra literaria tenemos que aplicar, además del análisis sociológico, estilístico, retórico, y otros métodos, el psicoanálisis, uno no está muy seguro de dónde va a llegar, mejor dicho, de si no va a per-

derse en esa maraña de la actuación de la conciencia humana y en vez de psicoanalizar no va a resultar psicoanalizado.

Y se escriben con temor las últimas frases, intuyendo que puedan ser calificadas como mecanismo de autodefensa. Pero aprovechándonos de que "el escritor, al sublimarse, está tratando de resolver un conflicto interior por medio de sus escritos y poemas" (Arias de la Canal), y de la mano también de Bergler, "la sublimación es la pieza maestra de la salud", ya que Cervantes —dicho con la menor frivolidad posible— no puede defenderse, y el autor, al enviarnos este interesante trabajo, tuvo la gentileza de aplicar paralelamente el mismo método a un libro nuestro de poemas, habría que añadir el margen de la duda —después de salvar todas las distancias—, pues eso del psicoanálisis se le puede aplicar a cualquiera.

Sin entrar en materia, pues uno no debe hablar de sí mismo, máxime si se le han aplicado términos de elogio, y pesa sobre nosotros la amenaza de ser interpretados, nos sigue pareciendo lo más prudente aplicar este método psicoanalista a escritores no contemporáneos. No tanto para tener la suficiente perspectiva psicológica, como podría decir algún estudioso norteamericano, sino porque quizá se cometa más de un error al intentar sacar a flote los conflictos interiores del autor de la obra literaria.

Seguramente a esto y otras probables objeciones nos quiere contestar Fredo Arias de la Canal cuando pone como lema de su escrito, breve, pero de amplia repercusión, la frase de Platón: "Los poetas dicen grandes y sabias cosas, las que ellos mismos no entienden." Y para descubrirlas será bueno poner en juego toda clase de análisis.

"El Heraldo de Aragón" 3 de febrero de 1972.

Inclitas razas ubérrimas sangre de Hispania fecunda,
 espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
 Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
 lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas
 ondas de la vida van renaciendo de pronto;
 retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,
 se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
 y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
 encontramos de súbito, talismánica, pura riente,
 cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
 la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza!
 Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
 o a perpeuo presidio condenasteis al noble entusiasmo,
 ya veréis al salir del sol en un triunfo de lirás,
 mientras dos continentes, abandonados de huesos gloriosos
 del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
 digan al orbe: la alta virtud resucita,
 que a la hispania progeñe hizo dueña de siglos.
 Abominad la boca que predice desgracias eternas,
 abominad los ojos que ven sólo zodiacos funestos
 abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
 o que la tea empuñan o la daga suicida.
 Siéntense sordos ímpetus de las entrañas del mundo,
 la inminencia de algo fatal hoy conmueve a la tierra;
 fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
 y algo se inicia como vasto social cataclismo
 sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
 no despiertan entonces en el tronco del roble gigante
 bajo el cual se exprimíó la ubre de la loba romana?
 ¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
 y que al alma española juzgue áptera y ciega y tullida?
 No es Babilonia ni Ninive enterrada en olvido y en polvo
 ni entre momias y piedras reina que habita el sepulcro,
 la nación generosa, coronada de orgullo inmarcchito,
 que hacia el lado del alba fija miradas ansiosas,
 ni la que tras los mares en que yace sepulta la Atlántida
 tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
 Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
 formen todos un solo haz de energía ecuménica,
 Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
 muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
 Vuelva al antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
 que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
 Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
 y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
 así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
 de los egregios padres que abrieron el surco pristino,
 sientan los soplos agrarios de primaveras retornos
 y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.
 Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
 en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
 ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
 Latina estirpe verá la gran alba futura,
 en un trueno de música gloriosa, millones de labios
 saludarán la espléndida luz que vendrá de Oriente,
 Oriente augusto, en donde todo lo cambia y renueva
 la eternidad de Dios, la actividad infinita.
 Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros.
 Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

salutación del optimista

Rubén Darío

del diario de gabinete de

Josephus Daniels

Martes, 20 de mayo de 1913

El Secretario Garrison preguntó si era cierto que México había protestado contra la Arizona Alien Land Act (Ley de Tierras Extranjeras de Arizona). El Sr. Bryan dijo que no se ha recibido esa protesta; pero que Baron Chinda, tomando en consideración la declaración del Gobernador Johnson de California en el sentido de que si Arizona promulgara una ley similar a la de California, provocaría la protesta del Japón contra esa acción, declaró que el gobierno japonés no conocía la promulgación en cuestión en esa época; pero que se oponía tanto a la ley promulgada por ese Estado como a la aprobada en California. El Secretario de la Guerra preguntó si era cierto el informe de que México y Japón habían concluido un acuerdo secreto, por el que México cedía al Japón la Bahía Magdalena.¹ El Secretario Wilson, en una audiencia ante el Congreso, tuvo conocimiento de la existencia de ese tratado; pero no había vuelto a tener ninguna información al respecto. Los secretarios Burleson y Lane, que viven cerca de México, dijeron que se les había asegurado que no se había ratificado ni tomado en consideración ningún tratado semejante. El Secretario Lane creía que todo se debía al hecho de que hay un gran cuerpo de tierra de 480 kilómetros de longitud y 80 km de anchura en Bahía Magdalena, propiedad de un sindicato, que ofreció vendérselo al Japón con fines de colonización; pero que el trato no había tenido éxito y que todos los rumores en el sentido de que Japón iba a recibir Bahía Magdalena tenían ahí su origen. El Sr. Bryan declaró que había leído en los periódicos matutinos que, en una reunión en el Japón, el conde Okuma² había dicho, hacía cincuenta años que Japón era tan ignorante respecto a las naciones extranjeras que las despreciaba a todas y que tenía un espíritu provincial estrecho; pero que había aprendido tanto sobre los extranjeros y progresado tanto que estaba ya en condiciones de observar bajo perspectivas adecuadas la acción poco acertada de California. "Virtualmente, estábamos tan ignorantes de los extranjeros", dijo, "hace cincuenta años, como lo está California en la actualidad", y deseaba que los japoneses consideraran la acción empen-



dida desafortunadamente por California como algo que sería superado cuando California llegara a ser tan progresiva y prudente como el Japón, del mismo modo que éste había logrado vencer su hostilidad hacia los extranjeros. Esa declaración hecha por el conde Okuma, dijo el Sr. Bryan, le daba gran aliento, que Japón podía aceptar esa visión de las cosas y dejar que el tiempo ajustara las diferencias con mayor seguridad de lo que podían arreglarse recurriendo a las armas. El Secretario

Garrison, volviendo a la situación mexicana, dijo que creía que el reconocimiento del gobierno de Huerta era la única alternativa a la intervención y que le gustaría leer en el Gabinete un editorial de Paul Hudson,³ **redactor del Herald Mexicano**, que proporcionaba firmes razones en pro del reconocimiento por los Estados Unidos del gobierno de Huerta. Declaró que estaba totalmente de acuerdo con ese editorial. El Presidente comentó: "Esto me recuerda una afirmación hecha por Carlyle, que dijo que todos consideramos un editorial en el periódico como muy acertado e inteligente, cuando expresa nuestras propias opiniones", implicando que el Secretario Garrison aplaudía el editorial del Herald porque expresaba sus mismas ideas. El Secretario Lane dijo: "Debería saber a qué bando pertenece Paul Hudson, antes de dar mucho peso a lo que escribe". "No me importa quién lo dijo", replicó el Secretario Garrison, "si lo expresara un fonógrafo y fuera algo inteligente, lo aceptaría con la misma rapidez". A continuación, procedió a leer el editorial y en dos o tres lugares, el Presidente hizo observaciones, demostrando que algunas de las afirmaciones del escrito no eran ciertas y, cuando terminó la lectura, alguien hizo notar que **aquella había sido la primera vez que se leía un editorial en una reunión del Gabinete** —(y no creo que sea la última)—. Le pregunté al Sr. Lane qué quería decir con su frase "Debería saber a qué bando pertenece Paul Hudson", y replicó que era bien sabido que Hudson y su periódico habían estado subsidiados durante mucho tiempo por personas, partidos e intereses que deseaban gozar de privilegios especiales en México, y lo que dijo debe tomarse con amplio criterio. El Sr. Lane pensaba que el **reconocimiento al gobierno de Huerta haría que los estados norteros de México, que eran hostiles a Huerta, se enojaran tanto con los Estados Unidos que destruirían las propiedades de estadounidenses en ese país.** El Sr. Garrison estaba convencido de que no podrían destruirlas más de lo que ya lo estaban haciendo.

¹ A strategic site in Lower California (Un lugar estratégico en Baja California). Durante 1912, el senador Lodge y otros líderes estadounidenses habían expresado su preocupación por rumores

en el sentido de que el Japón estaba tratando de adquirir en alquiler la Bahía Magdalena, una base naval potencial que amenazaría las comunicaciones de los Estados Unidos con el Canal de Panamá, que ya estaba casi terminado.

² Shigenobu Okuma, importante estadista japonés, subsecuentemente primer ministro, 1914-1916.

³ Residente en la Ciudad de México desde 1896, editor y redactor del **Mexican Herald**, en lengua inglesa, expresidente del Colegio Americano (American School) en México.

Tomado de: **The Cabinet Diaries of Josephus Daniels 1913-1921**. Editado por David Cronon, Universidad de Nebraska.

Los Defensores de la Burguesía

Eduardo Avilés Ramírez

Thiers describió admirablemente lo que es la burguesía —hoy tan denigrada y tan injustamente atacada— en las páginas de su libro "Los Ricos". Uno ve allá la ascensión y la consolidación de la burguesía. Entre otras cosas Thiers nos dice:

"El padre era campesino, obrero en una manufactura, marino en un navío. El hijo, si el padre fue laborioso y económico, será hacendado, manufacturero, capitán de navío. El nieto será banquero, notario, abogado, médico y hasta jefe de Estado. Las generaciones se alzan así, las unas por encima de las otras, y vegetan parecidas a esos árboles que, a cada primavera, fabrican nuevas ramas, las cuales, frescas, tiernas y verdes como la hierba, toman en el otoño el color y la consistencia del bosque; y después, siendo ya solo pequeñas ramas, al año siguiente se cubren de otras ramas verdes y terminan, con el tiempo, por ser a su vez gruesas ramas, que reemplazarán al mismo tronco principal. Parecido fenómeno se produce al mismo tiempo en el bosque, cubriendo el suelo con su magnífica sombra".

Ese es uno de los más bellos elogios de la burguesía que habremos leído. Bello sobre todo porque el que lo escribió era precisamente un burgués salido del seno de una vieja familia burguesa de Francia quien, habiendo hecho sus primeros estudios en un modestísimo liceo de Marsella (de la Marsella pequeña y pobre de Napoleón Primero), llegó a ser diputado, senador, Presidente de la República, orador insigne, historiador eminente. ¡Y con qué acento sincero hizo el elogio de la burguesía! Como una mazorca de maíz que cantara el maizal del cual ha salido.

En las páginas de una interesante revista de México, titulada "Norte" (creada por el poeta Alfonso Camín y dirigida en la actualidad por el ensayista Fredo Arias de la Canal) encuentro, como un eco de aquellas páginas admirables de Adolphe Thiers una también admirable defensa de la burguesía debida a la pluma de Salvador de Madariaga quien entre otras cosas escribe:

"Casi toda la civilización occidental se debe a las clases medias occidentales; y las artes, las ciencias,

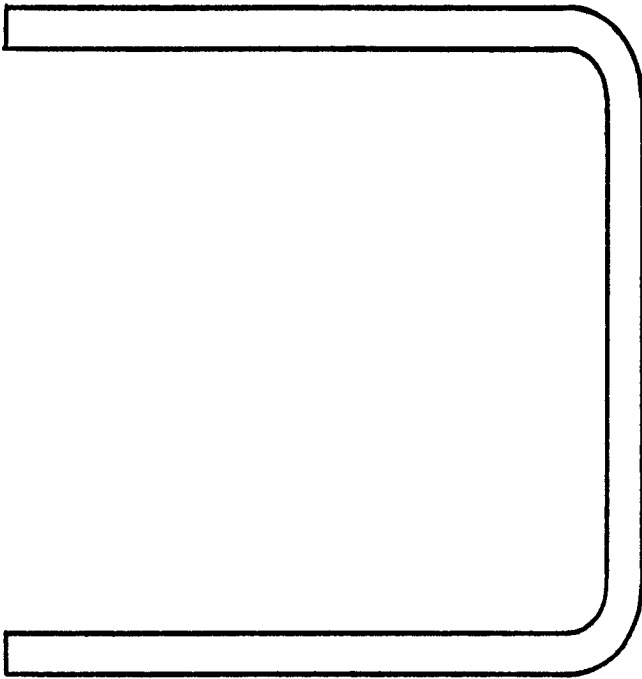
las amenidades del Occidente son casi todas creaciones de hombres de la clase media. Shakespeare, Cervantes, Goethe, Dante, Spinoza, Kant, Montesquieu, Galileo, Rembrandt, Voltaire. Velázquez, Volta, Pasteur, Hegel, Hernán Cortés, Napoleón, Gladstone, Bismarck, Descartes, Lincoln, Wilson, Einstein, nombres vertidos al papel al azar de la memoria, son todos hijos de la burguesía. (...) El fondo de la civilización es esencialmente burgués, a la burguesía se debe casi la totalidad de las grandes cumbres que han reflejado sobre la Humanidad la luz de la inspiración y del genio".

Madariaga se pregunta, escandalizado, cómo es posible que sea la burguesía lo bastante pasiva y necia para permitir en silencio la vituperación y el insulto a una clase, por un lado inocente de los males del capitalismo, y por otro, creadora de casi toda la civilización, y por añadidura y en particular del espíritu generoso de libertad, sin el cual no habría ni socialismo.

El 80 por ciento de los "revolucionarios" que atacan a la burguesía con sus discursos o en sus escritos ignoran qué cosa es en el fondo la burguesía; ignoran sobre todo sus creaciones infatigables a través de los siglos; ignoran también que la burguesía no puede desaparecer, porque es una clase determinada dentro de las clases que componen la sociedad humana. Querer hacerla desaparecer gritando "¡Mueran los burgueses!", es tan tonto como pretender hacer desaparecer de la sociedad a los hombres pequeños de estatura, o a los que no tienen la piel blanca, o a los que son calvos, o a los que son demasiado gordos, o a los que son demasiado flacos, o a los que fuman, o a los que no fuman.

En el seno mismo de los países comunistas hay millones de burgueses, o gentes que naturalmente e irresistiblemente tienden hacia la burguesía, como el perro de caza vuela hacia la pieza cazada, o como el monje sueña con la paz de su claustro: porque es una clase dentro de las clases y una raza entre las razas. Pretender extirparla del concierto de las otras clases es como querer suprimir a una clase determinada de la fauna marina, o a una planta del reino vegetal: en el fondo una obra temeraria por imposible.

Durante toda la Revolución Francesa se le dio caza



al burgués, al que se colgaba del primer farol del alumbrado público, por el solo pecado de ser burgués. Inmediatamente detrás de los colgados vino Thiers y vinieron millones de Madariagas. El perro cazador, por mucho que se haga en contrariarlo, correrá a la pieza cazada, y el monje entrará en el claustro, y el negro seguirá siendo negro, y el flaco seguirá siendo flaco. Sencillamente porque Dios los hizo así.

ENVIO: a ese joven majadero que cree matar a todos los burgueses de la Tierra, sólo porque, desde el balcón de la columna que le han dado en su periódico, se pone a gritar mueras tan inocentes como estentóreos contra la burguesía.

De los Documentos de la Elocuencia *por Francisco José Artiga*

Si el arte de la Elocuencia,
Hijo, quieres alcanzar,
has de observar tres preceptos,
que son estas tres palabras:

DECORA, IMITA Y ACUERDA,

agudezas y elegancias,
y sus preceptos, que en esto
la Elocuencia está fundada.

No temas el decorar,
pues que se decoran tantas
comedias, versos y juegos
que no valen para nada.

Que es esto tan importante
que a los más rudos aclara
el ingenio y los enseña
a hablar con alguna gracia.

Como sucede a los ciegos,
que aun siendo ignorantes *parlan*,
conversando la *Elocuencia*
de oraciones decoradas.

Si has de saber Elocuencia,
lo primero es DECORARLA,
que por eso la hice en verso,
porque mejor decoraras.

Hecho ésto, lo segundo
es IMITAR con gran gracia
los ejemplares que escribo
con estas *letras vastardas*.

Esto es, componiendo tus otros
a la misma semejanza,
parecidos en el modo,
distintos en las palabras.

Rumiándolos, o escribiendo,
cuando más ocioso te hallas,
o ya en la cama sin sueño,
o desocupado en casa.

Y en cualquier puesto te hallares
los podrás usar con gracia;
pues no se agravia aun la Iglesia,
de el orar con elegancia.

Mira que esta IMITACION
es el fundamento para
saber, porque el saber logra
el hombre por semejanza.

Lo tercero y más preciso
es *acordar* siempre que hablas,
que hay Elocuencia, y probarte
a hablar con sus elegancias.

Sea en la escuela, si arguyes,
o en la calle cuando parlas,
o en la Iglesia cuando oras
y aun en casa cuando mandas.

Que yo te aseguro, que
si usas bien de estas *tres trazas*,
sólo en *tres meses* consigas
en tus voces alabanzas.

Porque en tres meses se puede
decorar, y para usarla,
no hay sino imitar, porque
el imitar no es hurtarla.

La IMITACION tu maestra
ha de ser, pues todas cuantas
ciencias, artes y primores
en la IMITACION se fraguan.

Porque como el ser del *Hombre*
se fundó en la SEMEJANZA
de DIOS, en *quien se halla todo*,
por SIMILITUD lo alcanza.

Y así, el *Hombre* a *hablar* aprende,
IMITANDO a aquel que *habla*,
IMITANDO aprende a *andar*,
IMITANDO a aquel que *anda*.

IMITANDO el *cantar* logra,
IMITANDO a aquel que *canta*,
IMITANDO hace *pinturas*,
IMITANDO a las *pintadas*.

IMITANDO se hace *santo*,
IMITANDO a cosas *santas*
y aun IMITANDO a *Dios* se hace
un *Dios* en la SEMEJANZA.

Y últimamente, IMITANDO
agudezas y elegancias,
será *elegante y agudo*
si el ingenio le acompaña.

Tomado de: *Epítome de la elocuencia española*.
Huesca, España, 1725.

EROS Y TANATOS

Walter C. Alvarez

Todos los médicos conocemos a personas que, en una crisis de enfermedad, no progresan correctamente, debido a que no tienen deseos de curarse o **están convencidas de que van a morir**. Aprendí a reconocer a ese tipo de personas cuando era joven y me dedicaba a administrar anestésicos a los pacientes de mi padre, que era doctor. Después de varios "individuos tristes" que declararon que estaban seguros de que se iban a morir al sufrir una operación quirúrgica de menor cuantía, y estuvieron a punto de fallecer, le dije a mi padre que nunca volvería a darle anestésicos a un hombre que dijera estar convencido de no sobrevivir.

Sé muy bien que, en algunos casos raros, hay personas que se mueren verdaderamente de miedo, lo cual resulta evidente, ya que la muerte acaece antes incluso de que se les aplique la anestesia. Nunca me olvidaré de un hombre que murió en la sala de operaciones, mientras preparaban su pared abdominal para la intervención quirúrgica. Otro hombre murió mientras extraían un poco de líquido de su rodilla con una jeringa hipodérmica.

Un caso muy triste fue el de una mujer latina excesivamente emotiva, que iba a sufrir una operación de la vesícula biliar. Al hablar conmigo, me confesó que esperaba morir en la mesa de operaciones. Le pregunté por qué pensaba así y me respondió que se debía a que su hermana había muerto en una operación. Debido a la experiencia que tenía con esas personas, me puse en comunicación con el cirujano que iba a efectuar la operación y le rogué que anulara la intervención quirúrgica; sin embargo, no temía como yo a esas personas y, por ende, siguió adelante. Desgraciadamente, en cuanto se le puso la anestesia, la mujer murió y, en la autopsia, no pudimos hallar ninguna causa orgánica del fallecimiento.

Otra paciente de la que me acuerdo muy bien era una misionera de 40 años de edad que, al regresar del Oriente, acudió a mi consultorio, en San Francisco, para someterse a un examen médico. Descubrí cálculos biliares; pero como no estaban presentando síntomas de ninguna clase, le aconsejé que no se preocupara por

ello. Sin embargo, la mujer insistió inmediatamente en que se le extirparan y, como lo había temido, en cuanto concluyó la operación entró en agonía. Su temperatura ascendió a 40 grados, su pulso llegó a ser de 130 palpitaciones por minuto y al cabo de los cuatro días estaba muerta, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para salvarla.

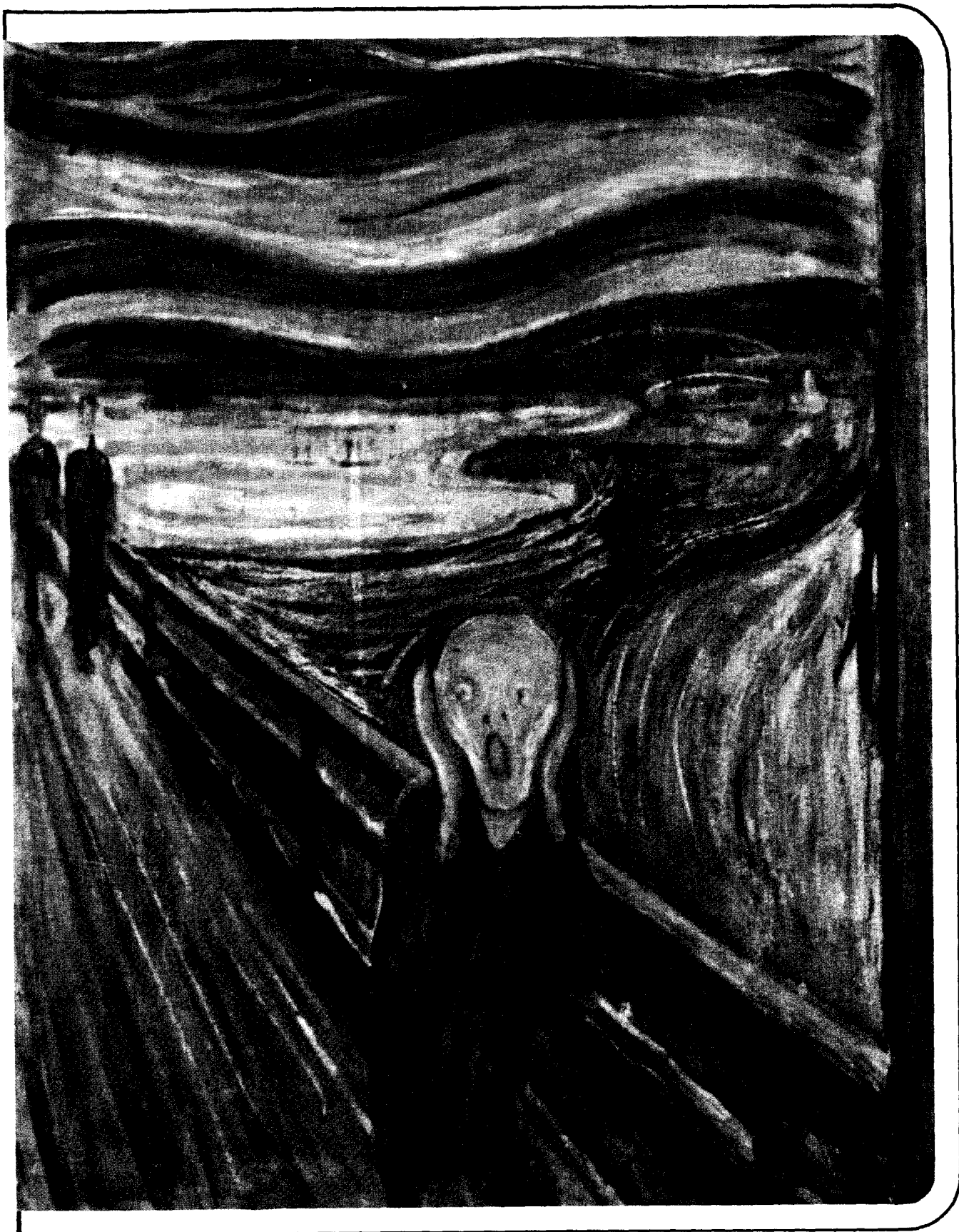
Puesto que la autopsia no demostró la existencia de ninguna causa física del fallecimiento, le pregunté a la mujer que la había acompañado, si había expresado algún deseo de morir. La respuesta de la mujer fue: "Sí. Deseaba morir, porque, como misionera, en el Oriente, se descubrió que mantenía relaciones ilícitas con un hombre casado y me enviaron de regreso a casa. Al perder mi reputación, sentí que mi vida había concluido".

Con frecuencia, el poderoso efecto de la mente puede ejercerse en favor de una persona, del mismo modo que como lo hace en su contra. El deseo de vivir puede tener resultados tan sorprendentes como el de morir. Con frecuencia, los doctores tienen que emplear toda su energía para persuadir a un paciente de que debe luchar contra la enfermedad.

Por ejemplo, hace cierto tiempo encontré a una vieja amiga, cuyo urólogo le había descubierto un cáncer en la vejiga. Me sentí muy abatido al ver que la mujer se había decepcionado completamente con la noticia y había abandonado su deseo de vivir. Me confesó que no podía enfrentarse a una batalla contra el cáncer. Con gran esfuerzo, logré convencerla de que debía animarse y seguir adelante. Tal y como le dije, si tenía suerte, el urólogo quemaría su pequeño cáncer con chispazos eléctricos y, a continuación, podría vivir todavía muchos años en buena salud.

En realidad, el urólogo pudo destruir el tumor maligno, como me lo había imaginado y, en la actualidad, la mujer está bien. Esta historia puede servir como lección muy provechosa para todas las personas que creen que el diagnóstico del cáncer es siempre una muerte segura.

En otra ocasión, hace años, cuando los doctores no teníamos drogas, sulfa ni penicilina para ayudar-



nos a luchar contra la pulmonía, conseguí salvar la vida de un hombre, cuando todo hacía presumir que la enfermedad lo mataría. Lo sacudí literalmente por los hombros y le dije: "Escuche con cuidado. Usted no puede morir. Tiene una esposa y siete hijos adorables que necesitan que los cuide. Anímese y luche, para curarse". Y se restableció.

Muchas veces, como lo sabemos muy bien todos los médicos, lo único que separa a la vida de la muerte es el deseo de vivir.

Tomado de: The news. Febrero de 1972.

EVOCACION POR EDUARDO ZAMACOIS



Lo que no pudieron los implacables anzuelos, las duras vicisitudes, los años terribles, la larga indigencia, la vida a salto de mata, lo pudo el inmisericorde verano porteño, despiadado como una divinidad caldea. A Eduardo Zamacois no lo mataron sus muchos años, un prodigio de agerasia; lo mataron la hipertermia y la deshidratación que al 31 de diciembre de 1971 se llevaron a más de cien ancianos en Buenos Aires. El 17 de febrero último habría cumplido 99 años y pudo haber superado donosamente los cien, pues estaba tallado en madera de quintañón por un cuchillo de dos tajos: ágil de cuerpo, fresquísimo de entendimiento. Una existencia en áscuas.

La verdad es que se nos fue el amigo entrañable que había hecho de su vida un pasatiempo y una canción. Zamacois no aspiró a poder decir como Sieyès: He vivido. Siempre decía: voy a vivir, corriendo detrás de la hora futura. No languideció nunca en un museo de bellas senectudes. Vivió en un tiempo eternamente creador, en un tiempo dinámico que no conoció la hora rezagada, ni la melancolía del pretérito. Nunca corrió el peligro de convertirse en una estatua de sal. Zamacois miraba siempre hacia adelante. Proyectándose, prodigándose, creciendo. Siempre nos hablaría con una voz nueva de un libro nuevo, rejuvenecido por la conciencia súbita de una edad que no conoció las angustias del límite. Su ocaso sería siempre un amanecer.

Apartado de cenáculos y monipodios Zamacois desarrolló una obra tan primorosa como numerosa que concedió a su nombre una acústica bicontinental. Cuando lo elogiaban solía encogerse de hombros mientras sus labios insinuaban un esguince irónico. Sólo lo entusiasmaban la presencia electrizante de una mujer hermosa, el advenimiento de un nuevo valor artístico, la rueda de la amistad. Su lema parecía ser: doy más. Se prodigaba generosamente y recuerdo con qué fervor lo recordaba Florencio Parravicini, que fue uno de sus amigos más hondos, y el enorme Cansinos-Assens que se honraba con su presencia en las tertulias del Colonial, de Madrid, y toda la gente de mi tiempo que acudía a escucharle en los vivacs nocturnos de la calle Corrientes o en las reuniones que organizaba en su almand-

rache de la calle Miralla ese filadelfo ejemplar que responde al nombre de Arturo P. León. Entonces la ceja engatillada de don Eduardo se disparaba hacia las alturas, mientras la nariz, cuidadosamente dibujada, aspiraba el aire con recelo como reprochándole al interlocutor que le robase el oxígeno que iba a necesitar para vivir cien años más.

El gran novelista nació en la provincia cubana de Pinar del Río, llamada vulgarmente Vuelta Abajo. A los 4 años fue llevado a Bruselas. De los 5 a los 9 vivió en París (donde pudo ver a Víctor Hugo asomado al balcón de su casa). De los 10 a los 15 residió en Sevilla en cuyo Instituto cursó el bachillerato y tuvo de compañeros de aula a los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero. Luego estudió Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid y cuatro años de medicina. Uno de sus profesores fue el sabio Santiago Ramón y Cajal. Muy pronto olvidó todo para dedicarse exclusivamente a las letras. En la buena andanza no se sabe el pesar. Nunca se arrepentirá de haber abandonado dos carreras que suelen dar de vivir por un oficio que, generalmente, no da de vivir. Pero da de soñar. Y esto vale mucho más. El autor de **Punto negro** pertenecía a una familia de pintores, actores, escritores y músicos. Y trotamundos. El los superó a todos. Incluso a su primo Miguel, que figura desde hace rato en las enciclopedias pero a quien nadie lee, cosa que no ocurre con el autor de **Un hombre que se va**, las ediciones de cuyos libros se multiplican sin tregua. Gale mata luto. Su extraordinaria vocación del buen decir, la vitalidad de sus criaturas, el color y el calor de sus paisajes y sus personajes, su comunicativa condición humana se pega al linaje de sus obras y las levanta. Lo más importante, dijo cierta vez, no es la inteligencia sino la imaginación. Se repite en todas las épocas y todos los países lo peor de la vida, que es la falta de imaginación.

Tenía 19 años cuando publicó su primera novela, **La enferma**, a la que siguió **Punto negro**, llevada al cine en la Argentina, muchos años después, por Luis Mottura. El poderoso escritor que nació en Cuba treinta años antes de que Cuba se emancipara de España, recorrió Europa —África y América—. Estuvo en Buenos Aires en

1910 y en 1916 y a partir de 1940 se radicó definitivamente entre nosotros. Fue corresponsal de guerra de "La Tribuna", de Madrid, en 1914. Dirigió revistas —las primeras revistas literarias que pagaron a sus colaboradores—, pronunció conferencias, tradujo libros fundamentales y novelas volanderas para Garnier, de París, escribió y dirigió teatro, pero fue substancial y decididamente un novelista. Un formidable novelista y un estuendo cronista. Según Sáinz de Robles, uno de sus más agudos y entusiastas exégetas, de 1928 a 1936 Zamacois escribió sus mejores novelas, novelas de neto realismo, limpias de toda bastardía naturalista o erótica. Son las suyas novelas que se leen siempre, se vienen leyendo desde hace muchos años y se seguirán leyendo. Conocí la emoción de descubrir libros suyos en los escaparates de sendas librerías de París, de Roma, de Dusseldorf, de Caracas. . .

El otro, La opinión ajena, Memorias de un vagón de ferrocarril, Una vida extraordinaria, Las raíces, Los vivos muertos son algunos de sus títulos. También ha escrito cuentos excelentes, memorias de viajes, libros de crítica, confesiones. Y planeando sobre toda su obra, se afirmó siempre la presencia de un hombre bueno que tuvo el arte de la amistad armoniosa y una gracia tocada de serenidad, y supo honrarnos prosiguiendo entre nosotros su hermosa tarea, con la pasión de los años mozos, aventurero involuntario que vivió como nadie la heroica y apasionada aventura del escritor pobre que supo ponerle siempre al mal tiempo buena cara. Zamacois ubicó su labor en la agonía de la inteligencia. La gente cree que agonizar es irse muriendo y no es así. Agonizar es combatir. La agonística era la ciencia de los combates en la Grecia antigua. En ese resplandor y ese combate desenvolvió su obra el hombre que se fue, una obra enriquecida por los encajes y los imperativos vitales que subyacen en el fondo de la belleza que no se inhibe y la verdad que no pacta.

A lo largo de tantos años de auténtica filadelfia conversamos mucho con don Eduardo. La memoria —tan fiel como emocionada— quiere recordar ahora algunas de las preguntas y, sobre todo, las respuestas del maestro, testimonio de una inteligencia en constante ignición.

He aquí algunas:

—¿Qué le parece nuestra ciudad, don Eduardo?

—Una de las capitales modernas más hermosas. Yo la llamo el Nueva York de Sud América. Pero, latino y nefelibata, prefiero el Buenos Aires de hoy a aquel otro apacible y romántico que conocí en 1911.

—¿Y, de nuestras mujeres qué puede decirnos?

—"No repares en la belleza de la mujer, y no desees a la mujer por su belleza", recomendaba el **Eclesiastés**. Lo notable del caso es que el **Eclesiastés** fue escrito por Salomón quien, según el Libro de los Reyes, tuvo setecientas esposas y trescientas suplentes. . . ¿Serían todas feas? Salomón, en Buenos Aires, de acuerdo con aquella sentencia, habría hecho voto de castidad.

—¿Le ha hecho usted daño a alguien?

—Pues. . . sí, a mi querido e inolvidable amigo Enrique García Velloso, y fue sin mala intención, un día en que, estando en un café con varios camaradas, Enrique se despidió de nosotros diciendo que iba a retratarse.—Lo que debería usted hacerse, le espeté, es una ampliación. . . Y como él era muy pequeñito estoy seguro que mi ocurrencia le lastimó.

—¿Es usted fatalista? ¿Cree en el destino?

—Sí; creo que la vida que vivimos se reduce a movernos al dictado de una fuerza superior a nosotros. Recuerdo haber leído en alguna obra de Víctor Hugo que "el canto de los pájaros influye en el movimiento de los astros", con lo que el gran lírico quiso decir que en el cosmos nada es fortuito y consiguientemente que la vida universal donde todo a la vez es causa y efecto, es una sucesión de hechos determinados al eterno.

—¿Cómo le agradaría vivir?

—Siempre fui hombre de ciudad. Pero ahora sería feliz en un pueblo costero y con una escopeta, una barca y un perro.

—¿Y cómo querría usted morir?

—De súbito y en cualquier parte menos en mi cama, que en tal momento sería para mí una especie de mueble o de andén donde un grupo de personas se habría reunido para decirme adiós.

—La biografía de qué personaje —famoso o no—

¿le habría gustado escribir?

—La del doctor Ramón Carrillo, un hombre y un sabio fuera de serie. Le estoy hablando del ministro de Salud Pública de Perón que realizó una labor científica fabulosa, fue un hombre en todo el tiro de la persona, como decís vosotros, y murió abandonado en una remota ciudad brasileña. No se ha hecho nada por repatriar sus restos. Era un santiagueño maravilloso que no conoció la solemnidad, ese paraguas de los majaderos. Unos nacen para moler y otros para ser molidos. Carrillo molía humor y amor con una generosidad inaudita. No dejemos al mejor jugador sin cartas, recomiendan los expertos. A Carrillo lo dejaron sin cartas cuando más las necesitaba. Algún día habrán de volver las aguas a su cauce y alguien dirá en el libro y en el mármol todo lo que fue ese médico que llegó a la sabiduría por el camino de la perfección, siempre cuesta arriba. Yo habría llamado a su biografía: "Vida de San Ramón Carrillo".

—¿Le gusta discutir?

—No. Amo a Harpócrates, el dios del silencio, venerado por el Egipto faraónico. Lo que ensancha y esclarece nuestro espíritu es la meditación, que no el discutir, según cree el vulgo.

—¿Le ha gustado a usted la vida de café?

—¿Y a eso llama usted vida...?

—¿Cree usted en la puntualidad?

—Sí, pero me hace sentirme muy solo.

—¿Duerme usted bien?

—Profundamente. Y nunca más de cinco horas.

—¿Cuántas novelas lleva escritas?

—¿Novelas? Pasan de sesenta; más una veintena de libros de crónicas: crónicas de viaje, de guerra, reportajes... También he hecho teatro: media docena de obras. Total: unos setenta volúmenes. Si es cierto aquello de "lo que abunda no daña", espero que me sea perdonado el desparpajo de haber nadado en la abundancia...

—¿Cuál fue su primera novela?

—Debuté con **La enferma**, siendo estudiante de medicina. La obra se vendió bastante mal. Fracaso que mi vanidad de autor atribuye a la portada, en la que ver-

deaba un sauce y blanqueaba una tumba. "Lo que quiere decir (pensaría el público) que la enferma murió; y si ya conozco el desenlace, ¿para qué leer el libro?"

—¿Cómo nació en usted la afición a escribir?

—La peligrosa afición a escribir más que nacer en mí nació conmigo. Digo esto porque a los 7 años empecé a darme cuenta de que en mi casa no sucedía nada: mis padres comían a horas fijas, se acostaban a la misma hora (tuvieran o no sueño), hablaban de las mismas cosas... y fue entonces cuando asomó en mí el novelista. Para romper aquella monotonía redacté una carta que decía poco más o menos: "Soy un niño infeliz. Mis padres me tienen secuestrado: no me dan de comer. Avise usted a la Guardia Civil". Este anónimo —digno del más truculento folletín— lo metí en un sobre donde había escrito: "Señor transeúnte" y lo eché a la calle. Un señor que pasaba lo recogió. Yo, desde mi balcón, le ví rasgar el sobre... y todo mi ser se estremeció de alegría, de curiosidad, de miedo... Afortunadamente, para mis padres, la Guardia Civil, no se presentó.

—¿De sus novelas, cuál es la preferida?

—La **opinión ajena**, una novela de ironía, que es como una sonrisa ininterrumpida a lo largo de cuatrocientas páginas.

—Y de las ajenas, ¿cuál es la que prefiere?

—**Don Quijote**... Después **Una vida**, de Maupassant.

—¿En cuál de sus novelas hay más autobiografía?

—En la titulada **Una vida extraordinaria** donde refiero ciertas aventurillas que, aunque inocentes, no me he atrevido a confesar que son mías.

—¿Cómo concibe sus novelas?

—No sabría decirlo concretamente. A veces la novela surge de un hecho. La **antorcha apagada**, por ejemplo, me la inspiró un **pallaka**, como los llamaba Demóstenes. En otras ocasiones la novela brota de una idea. Y luego, alrededor de esta especie de semilla, voy agrupando figuras y escenas.

—¿Es cierto que estuvo usted en presidio una larga temporada para escribir una novela de ambiente carcelario?

—Así es. Durante seis o siete meses vestí volunta-

riamente el traje presdial y viví en presidio. Lo hice para escribir **Los vivos muertos**, y mis observaciones me convencieron de que el cincuenta por ciento de los presos debía estar en la calle y encarcelado el 95% de los carceleros...

—¿A qué personajes famosos ha conocido usted?

—Son legión: a Pérez Galdós, a Unamuno, a Ramón y Cajal, a Emilio Zola (cuando se ventilaba el asunto Dreyfus), a Anatole France, a Colette, a Sarah Bernhardt, a Oscar Wilde... En el estudio de Rodin —a quien serví de modelo cuando trabajaba en **La puerta del infierno**—, conocí a Rostand... También he conocido a Landrú, el auténtico, no menos extraordinario como asesino que lo que fue como poeta Gabriel D'Annunzio.

—¿Cree en la popularidad?

—Mas que una recompensa es un tóxico.

—¿Qué opina de la monarquía?

—“Advertid —escribió Quevedo en **La vida de Marco Bruto**— que hay quien pone la corona en la cabeza para quitar la cabeza con la corona...”

—¿Qué puede decirme de sus Memorias?

—Recuerde que las titulo **Un hombre que se va**. Andan por la segunda edición. Libro de buen humor donde hablo poco de mí y mucho de los demás, y me trato siempre en broma, único modo de conseguir que la gente nos tome en serio.

El hombre que se va se ha convertido súbitamente en el hombre que se fue. Ahora es todo espíritu. La sabiduría del alma es total como la luz. Zamacois ha conquistado la forma más alta de la libertad humana. Y si como él mismo decía, su vida fue un pasatiempo, hoy es una lección. Sentimos que desde la eternidad su mano, siempre cálida, se apoya en nuestro hombro.

los buscadores de oro

Como tierra de fábula, en que la leyenda nos sobrecogía de espanto o estremecimiento; lejos, eternamente cubierta de hielo o nieve, en la bruma de lo inaccesible, azotada por los vientos devastadores y obstinados, se nos presenta Tierra del Fuego, aquel caprichoso archipiélago, seguramente desprendido del resto del Continente por algún cataclismo en los tiempos originarios.

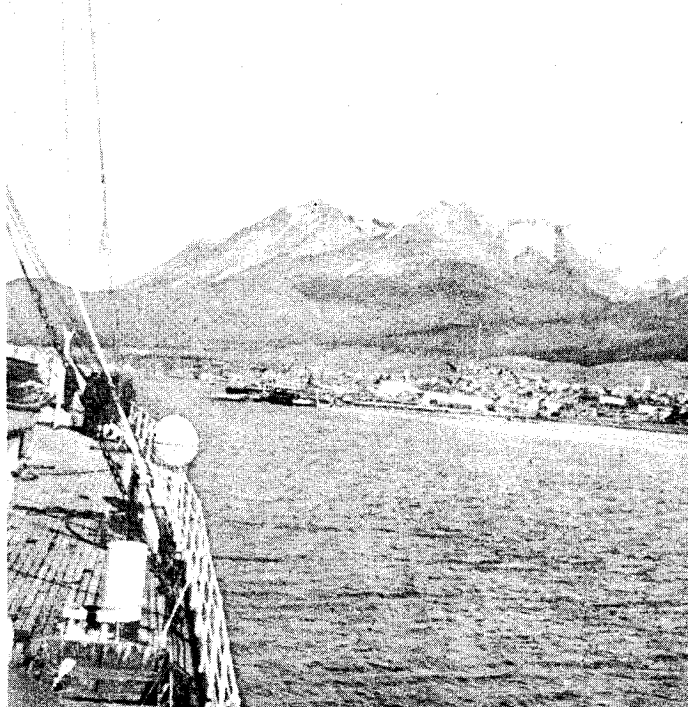
Así era Tierra del Fuego; rodeada de laberintos de canales, costa abrupta y rocosa, de entre las que emergen troncos y ramas de árboles ennegrecidos, duros, tétricos, quemados por los hielos, doblados por los vientos. Bosquecillos de hayas, matorrales de helechos gigantes y otros arbustos entre los que abundan algunos comestibles de sabor dulce, como el apio, y que ponen su nota verde en los acantilados.

Todo es inmenso; el mar, la nieve, la luz, la soledad, hasta el tronar de las cascadas que se vuelcan estrepitosamente desde los erizados torrentes que bajan de las montañas; las playas doradas sirven de recreo a bandadas de los esbeltos pingüinos, en tanto en los días de sol, miles de lobos marinos, adormecidos sobre la roca musgosa, disfrutan del aire tibio.

Tierra con hermosas y coloridas bahías, entre ellas una con nombre de reminiscencia indígena; Ushuaia, donde se levantaron las misiones y luego un tenebroso presidio. En el extremo austral, una roca oscura; el Cabo de Hornos. La cordillera de los Andes, después de pasar por ella, señalando su grandeza en la nevada punta de sus picos, se hunde en el mar...

Tierra del Fuego era como extremo maldito, olvidado, temido. Abandonada por siglos, después del drama de la expedición de Sarmiento Gamboa; únicamente cruzada por piratas en sus correrías. Tierra de paisajes blancos, lluviosos, polares.

Pero a veces, el día es diáfano, y el mar parece un espejo; entonces la playa se ofrece en su belleza total, la vegetación toma el fresco color verdoso de las tierras húmedas y calientes; días en que pueden admirarse sus magníficos paisajes, con sus cambiantes colores, el amarillo, gris, rosado, azul de las rocas imponentes, que la luz multiplica en desmesurados pris-



máticos donde cada vértice tiene un distinto matiz.

Recién en el siglo pasado, llegaron hasta el límite austral argentino los científicos, investigadores de aquellas culturas que ofrecían tan rico campo al estudio, entre otros, el famoso Darwin. También llegaron militares, mercaderes, loberos, misioneros y... ¡los buscadores de oro...!

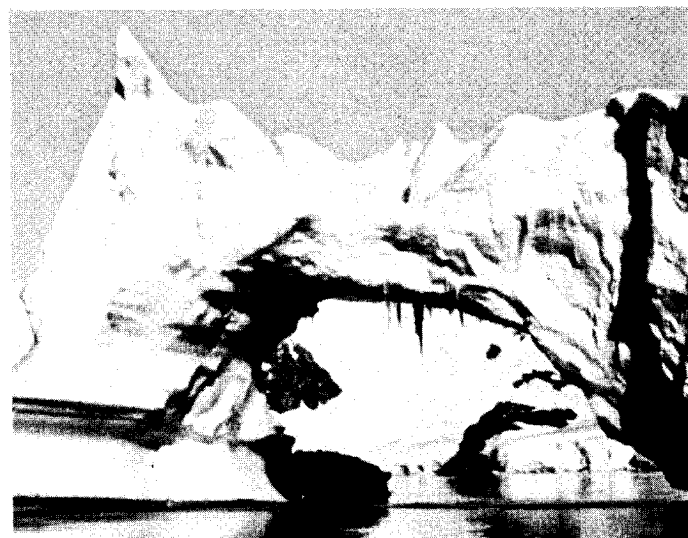
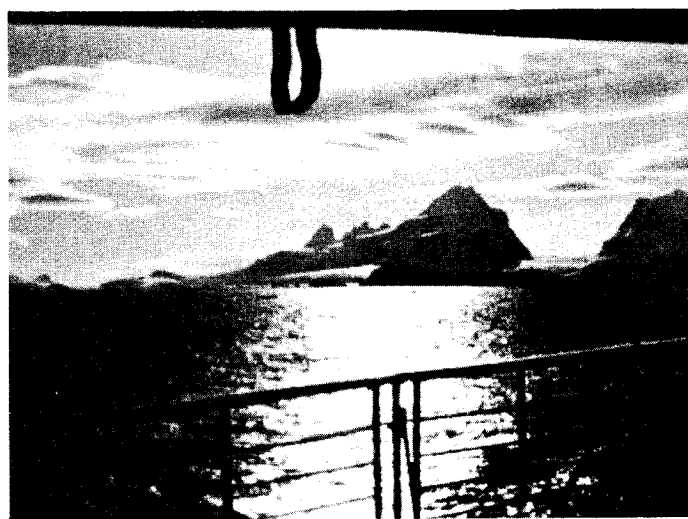
Los primeros barcos en llegar fueron los ingleses, uno de ellos, con cuyo nombre se bautizó el canal más hermoso y panorámico del mundo, que separa la Isla grande de islas, islotes, rompientes; el Canal de Beagle.

Los barcos se internan en aquel laberinto de canales, que a veces se angostan tanto, que semejan estrechos desfiladeros entre los cerros, sorteando enormes témpanos de hielo que se deslizan a la deriva, como fantasmas, saliendo en una siniestra aventura al encuentro de los navíos; la navegación se hace más penosa, los crueles y obstinados vientos y el oleaje bravío estrellándose contra la roca oscura y yerma. Pero esta visión, cambia a medida que se navega, apareciendo a la vista playas extensas y praderas de suaves pendientes. En este tiempo, la Tierra del Fuego pudo ser verificada, estudiada, conociéndose su fisonomía, su topografía, la vida de sus indígenas, el rico material depositado en sus cavernas.

Un día, hace casi cien años, unos pescadores que arrastró la tempestad hasta Cabo Virgenes, a la entrada del Estrecho de Magallanes, mientras cavaban un pozo para extraer agua y saciar la sed, descubrieron entre la arenilla arcillosa, partículas de oro puro. ¡Cuán no sería el asombro de estos náufragos semidesnudos y hambrientos ante lo inusitado e imprevisto del hallazgo!

¡Oro, oro... oro en Tierra del Fuego!

Como en la lejana California nuestra tierra austral, comenzó a ser el centro de los buscadores de oro. La noticia corrió como sucede con las cosas prodigiosas, despertando la fiebre y la avidez. Había oro, posiblemente fuentes auríferas a lo largo de la costa; desde Zanja a Pique hasta el Cabo de Hornos, por los canales hasta Punta arenas. ¿Habría generosas minas como en California, Siberia, Nueva Zelandia? No; pre-



cisamente, el aluvión aurífero llegaba desde el mar, se hallaba después de las tempestades...

Las olas inmensas al golpear contra las rocas, arrastraban en sus furias, caudales de residuos de pétreos, cascajos, masas rocosas que eran trituradas, deshechas, pulverizadas y arrojadas luego sobre las playas y las costas, quedando diseminadas las escamas y pepitas de oro puro que brillaban entre las arenas.

Era la época en que las misiones evangelizaron las tribus fueguinas. Mientras el misionero en sacrificios inigualables levantaba la palabra de Dios, los otros hombres rudos, hostiles, presos del virus especulativo se disputaban un lugar a balazos donde creían o suponían encontrar un filón de oro y que otro se lo quitara.

Fue un momento que podríamos llamar exactamente "la quimera del oro" que la remota y anónima Tierra del Fuego, ofrecía para escándalo y delirio de verdaderos contingentes de buscadores de oro, que imprevisiblemente se instalaron en cualquier clase de viviendas, en las costas, usando de los procedimientos más rudimentarios, hasta el elemental buceo del agua y la arena con las manos, extrayendo lo que podían en partículas, escamas o pepitas del precioso metal que tan generosamente se brindaba a la avidez y ambición del hombre...

Entre los años 1887-1889 se extrajo de Tierra del Fuego, 480 kilogramos de oro. Se había formado, también, por iniciativa de un ingeniero —que atraído por aquel delirio, se plegó a los aventureros y reconoció la posibilidad de aquella fuente aurífera— llamado Julio Popper, una planta; "Compañía Lavaderos de oro del Sur".

Corridos por este organizador que había restaurado allí un régimen dictatorial y conseguido interesar a las autoridades argentinas, los buscadores de oro, que se disputaban a tiros un lugar, una caricia de la india en las tinieblas de aquellas soledades, que habían arrebatado en una tarea quimérica y codiciosa al mar su regio tributo, se fueron; tan inusitadamente como habían llegado, dejando quemadas, deshechas, trituradas tantas ambiciones y las nostalgias de la aventura prodigiosa...